

Hedy
LAMARR



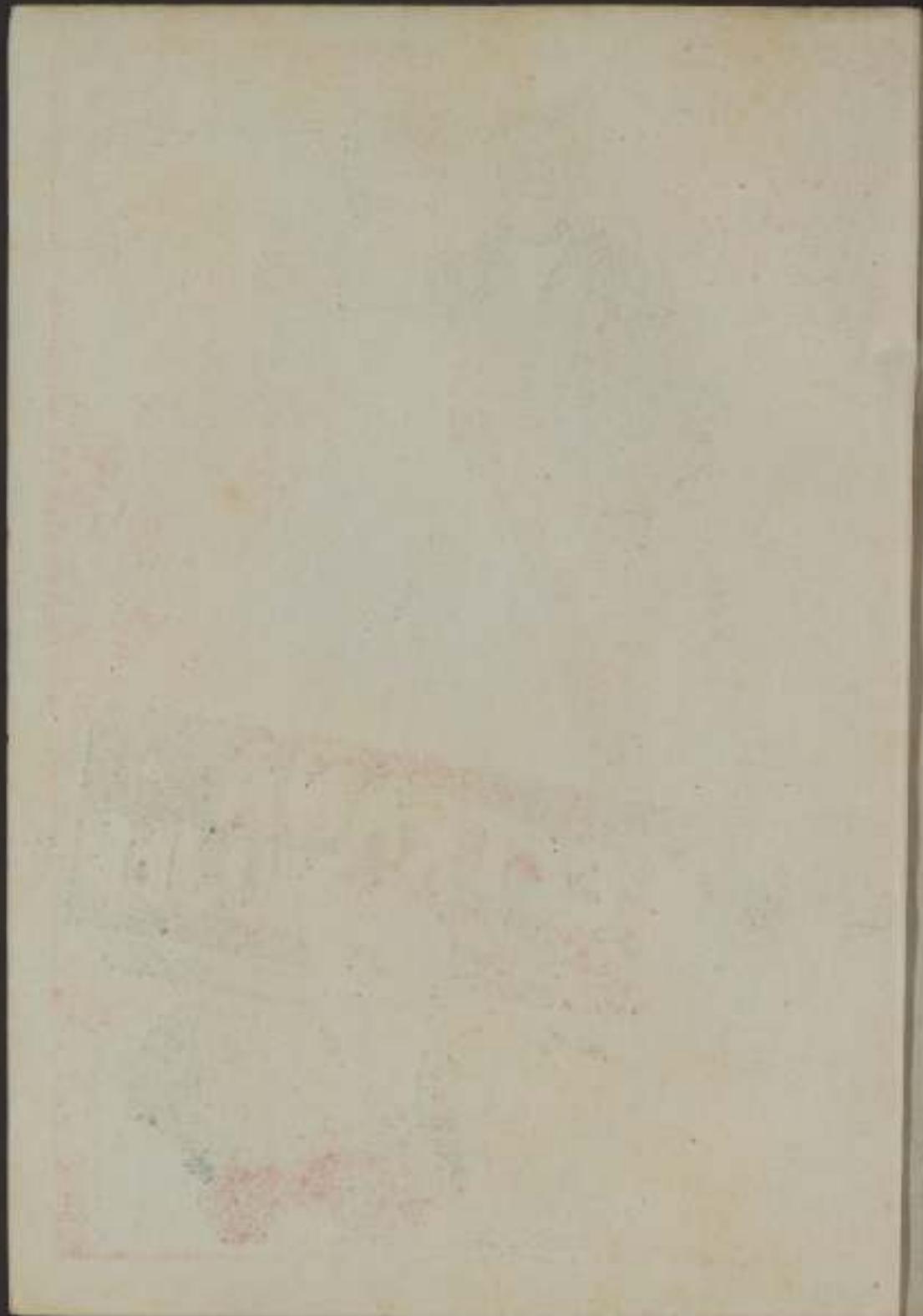
WOLFE PICTURES
EMILIO WALTERS FILMS
Columbia Pictures

George
SANDERS
Louis
HAYWARD



EXTRAÑA
MUJER







EXTRAÑA MUJER

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70654
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
PARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbuz, 14. Barcelona - Toranzo, 4. Madrid

EDITORIAL
"AUS"



AÑO XX

SERIE ESPECIAL
NUM. 120

NUM.: 369

EXTRAÑA MUJER

La vida de una mujer extraña y complicada dentro de un ambiente turbulento de pasión y renuncia. Un anhelo insatisfecho, hace que se alce y triunfe ante un destino, que la hace una figura sin escrúpulos, que bajo un falso espejismo se presenta y es admirada por sus contemporáneos como un modelo digno de ser imitado. Un carácter que en su interior es todo hechos deseos y pecado y que por hacer su femenina voluntad, no se detiene y ante el sacrificio de las vidas de los que la rodean. Un carácter encubierto por una maravillosa belleza que la ayuda en todos sus planes; encaminados a un fin más o menos malo. Sus actos, dictados por el más mezquino egoísmo y el más rastrero interés, encierran una crueldad tan grande como aleccionador el castigo que se hace esperar pero al fin llega. El único hombre que llega a significar algo para ella, descubre su inmoble secreto en un momento de confesiones obligadas y su efímera felicidad surcada por atroces retardimientos, termina en el ocaso de una terrible y honda expiación en la que llega a dudar del único amor de su vida.

Hedy Lamarr, la subyugante estrella vienesa, logra un nuevo triunfo en esta película junto al gran Luis Hayward y el magníficamente sobrio George Sanders.

PROCINES Producción Cinematográfica Española, S. A.

MADRID

BARCELONA

Ada. José Antonio, 60

Rambla Cataluña, 12

PRINCIPALES INTERPRETES

Heddy Lamarr
George Sanders
Louis Hayward

Dirección del film por
Edgar Ulmer

Narración literaria por
F. G. de Castro

BANGOR

El Estado de Maine (EE. UU.) es el más septentrional de cuantos componen esta vasta República. Rico en madera, atrajo pronto a los colonizadores audaces. Bangor, puerto fluvial de una cierta importancia, es hoy día una populosa ciudad de gran tráfico; pero hace un siglo...

* * *

La tienda de Poster era uno de tantos almacenes donde se despachan simultáneamente las cosas más heterogéneas: telas, escobas, «whisky»... Poster, cuarentón avariento con aspiraciones a cacique, se encontraba un día haciendo inventario de sus existencias. No iba mal el negocio. Sin embargo, pensaba en los bosques. Constituían una verdadera obsesión para él. Madera... riquezas...

Medio tambaleándose, entró en la tienda Tim Hager, uno de tantos desesperados que se refugian en el alcohol queriendo ahuyentar los fantasmas del remordimiento. Poster hizo como si no le hubiera visto. Hager le lanzó una mirada de desprecio y, entre hipo, reclamó airado:

—¡«Whisky!»

Poster pasó su vista por la figura de Hager y, por toda respuesta, comentó:

—¡Hum!... Tim Hager.

—¡Otro cuartillo!—tronó éste amenazador.

—¿Dónde está el dinero?

—Pues... yo...—balbuceó desalentado Tim.

Poster sonrió triunfante. Sin embargo, Tim Hager no se dio por vencido y, esta vez implorando, le dijo:

—Poster, ¿je negarías un trago a un moribundo?

—Un hombre debe gastar su dinero en alimentos para su familia—respondió Poster con desdén, acudiendo a servir a la señora Scoggins, que acababa de entrar.

Tim Hager, desanimado, dejó caer su corpachón sobre un taburete, mascullando entre dientes.

—Es el dinero, el maldito dinero, en lo que piensas, Poster. Nada más que el dinero.

La señora Scoggins, compadecida de Tim, susurró a Poster:

—Le tengo lástima desde que su esposa murió en aquel accidente.

—Si hubiese gastado menos en «whisky», se habría salvado. Deje que le enseñe otra pieza.

—¡Borracho!—musitó despectiva—. Es verdad; él fue quien quizás mató a su esposa... ¡Pobre mujer!—su mirada se enterneció de nuevo—. Pero...

Disgustado Poster, quiso cambiar de conversación, pero ella insistió; discretamente depositó una moneda en la mano de Foster y, con la alegría irreprímible de quien hace una buena obra, le dijo:

—¡Désela usted!

De mala gana, Poster cogió una botella, y mientras le servía un vaso, le amonestó:

—Muy bien, Tim Hager, tendrás el «whisky»; pero es la última vez que...

—Bueno, bueno, Poster — interrumpió Jim—; nada de sermones.

—Es a su hijita a quien compadezco, ¡Pobre Jenny!...

* * *

Jenny era una linda criatura que apenas contaba diez años. Maliciosa y rebelde, su humilde cuna y su desdichada infancia no parecían humillarla, sino excitar su orgullo y espolpear su ambición. Entre sus pequeños amiguitos, ella parecía una reina. A la orilla del río solían jugar por las mañanas, y una de éstas organizaron un torneo de natación. Mientras dos de los muchachos nadaban con verdadera furia para llegar al puente, Jenny, desde arriba, les animaba con sus gritos. Uno de los pequeños, que no gozaba de todas las simpatías de Jenny, tuvo que abandonar la carrera por culpa suya.

—¡Jenny, me has hecho perder la carrera!—protestó el chiquillo.

—Siempre le echas la culpa a otro. ¡Odio a los vencidos! Vamos, Effraim—increpó Jenny a otro—. Prepárate y competiré contigo.

Effraim Poster era un muchacho delicado y pusilánime. Al escuchar el reto, palideció e intentó, acobardado, excusarse:

—Pero, Jenny, yo no sé nadar.

—No aprenderás nunca si no te metes en el agua.

—Pero es que estoy resfriado—protestó aún.

—Le tienes miedo al agua—acusó despectiva Jenny—. ¿Por qué no te vas a ayudar a tu padre en la tienda? ¡Aquí no sirves para nada!

Y al decir esto, de un empujón le lanzó al agua. El pobre Effraim, sobrecogido de espanto, comenzó a hacer aspavientos y a tragar agua. Los otros muchachos le animaron al principio a que nadara; pero al ver el cariz que tomaba el asunto, intentaron sacarle; Jenny les detuvo con un gesto:

—¡No! Está muerto de miedo.

—¡Se ahogará!

—¿Qué importa?

Pero algo imprevisto vino a malograr los crueles propósitos

de Jenny. El juez Saldine pasaba, acompañado de su familia —esposa e hija— en su carruaje. Al verle, los muchachos huyeron atropelladamente. Jenny optó por quedarse y no encontró mejor ocasión para representar su papel de heroína: entre suspiros y ayes de conmiseración, maravillosamente fingidos, sacó como pudo al desgraciado Effrie del agua. El juez Saldine bajó de su berlina y se acercó a Jenny preguntando:

—¿Pero qué ha pasado aquí? ¡Caramba! Si es Effraim Poster. ¿Qué ha ocurrido, Jenny?

—Esos terribles muchachos— responde Jenny cínicamente— le tiraron.

Y añade compungida:

—¡Pobre Effrie!

—Esto es casi un asesinato. Si no llega a ser por ti, Jenny... Le llevaremos a casa de su padre.

En aquel instante apareció Tim Hager con su inseguro andar de alcoholizado.

—¡Hombre, Tim Hager! Llegas a tiempo.

—¿Eh?

Su voz era un eructo.

—¡Tim Hager!— exclamó el juez Saldine—, ¡Tambaleándote borracho a media mañana! Debías cuidar de tu Jenny y no rodar por las tabernas.

—No tengo esposa para que cuide de nosotros. Se necesita dinero para educar bien a una muchacha.

—¡Lo que quieres decir es que se necesita dinero para emborracharte!

La conversación entraba en un terreno peligroso, y la pequeña Mag Saldine, con un sentido muy femenino de la oportunidad, interrumpió.

—Papá, deja que Jenny venga conmigo al internado. ¿Te gustaría venir a la escuela conmigo, Jenny?

—¿A un internado?— su semblante se iluminó—. Sí que me gustaría.

—Yo no puedo enviarte a un internado— cortó el juez—. Pero podías venir a casa y ganarte la manutención, creo yo. Ayu-

darías en la cocina y harías algunos recados para la señora Saldine.

—¡No!—protestó Jenny desengañada—. Si no puedo ir al internado, me quedaré con mi padre.

—¡Hum! Está bien—carraspeó el juez—. El es tu padre. Al menos ante la ley.

Y mascullando unas recomendaciones a Tim Hager, subió a su coche y dió la orden de marchar.

Solos padre e hija, Tim rezongo de mal talante:

—Ese viejo de sangre agria y mal genio.

Y como un reproche a Jenny:

—Estarías mucho mejor con la señora Saldine, Jenny.

—Pero en la cocina.

—Yo no tengo dinero para educarte como es debido.

—No importa. Pronto tendremos de todo. Casas y coche. Caballos y cocina...

—¡Eres muy chiquitita!—dijo Tim celebrando el optimismo de la pequeña.

—En cuanto yo sea mayor—susurró inclinándose sobre el espejo del río y rizándose coqueta sus negros cabellos—, tendrás todo lo que tú quieras, porque yo voy a ser muy guapa.

Tim quedósela mirando entre sorprendido y amargado; la pequeña Jenny estaba resultando una copia exacta de su madre... Al fin y al cabo, era mujer. Y todavía recordaba con amargura cuál hubiera sido su vida si no hubiera sido por la difunta Elsie. Aquella mujer... Con su banalidad y frivolidad había logrado ser el escándalo del pueblo que entonces empezaba a nacer. Su inmoralidad absoluta era encubierta por una maravillosa hipocresía que cautivaba al instante a todo el que la hubiera conocido. Y luego nada. Elsie había muerto meses después de haber nacido Jenny, cuando, con un desprecio absoluto de sus deberes como esposa y como madre, era alcanzada por un árbol desmoronado ante la furia del rayo y del cielo. Aquella noche... menos mal que aquel maldito truhán había encontrado su castigo...

Hizo por olvidar a Elsie. Pero Jenny, con sus gestos caracte-

rísticos, se la hacía recordar en todo momento. Y aquel gesto que hacía momentos se miraba mimosa junto al río en el espejo de las aguas... ¡Maldición!

Jenny repitió en un susurro, sin comprender el estado animico de su padre:

—Porque yo voy a ser muy guapa...

El río, testigo mudo de esta profecía, verá más tarde cumplida su verdad.

LA SEVERIDAD DE TIM HAGER

Pasaron diez años. Isaias Poster llegó a constituir la mayor fortuna de la localidad. Grandes extensiones de bosque eran suyas. Tuvo más de cincuenta buques a su servicio. Y, sin embargo, con tanta riqueza, con tanta influencia en Bangor, sentíase solo. Había mandado a su hijo Effraim a Cambridge para que se hiciera arquitecto y estuviese separado de Jenny.

Bangor había crecido. Como en todas las ciudades de rápido desarrollo, la vida era antes que el pensamiento; las costumbres, antes que las leyes; el desorden, antes que el orden. El enriquecimiento rápido de gentes sin escrúpulos ni principios determinaron un desarrollo extraordinario de todos los bares, cabarets y casas de juego. Su nefanda influencia se dejará ver más adelante.

Jenny se convirtió en la mujer más hermosa, y por hermosa, la mujer más codiciada de Bangor.

Un buen día en que desembarcaban mercancías de los buques en el puerto, Jenny quiso probar fortuna con el primer maquinista. Su cegadora belleza le conquistó al punto. Poster, enterado de sus andanzas y un tanto celoso, aprovechó la primera oportunidad para verter su veneno en el corazón de Tim Hager.

Se lo encontró en la taberna y, con una deferencia inusitada en él, le convidó a unos vasos mientras le decía:

—¿Sabes que Jenny se está poniendo de un modo como si pretendiera doblegario todo a su voluntad? Crece muy hermosa para su propio bien.

—¿Por qué hablas siempre de Jenny? El daré ron y «whisky» no te va a acercar a Jenny. Sé lo que te propones...

—¿Yo?—preguntó Patsy con aire de fingida sorpresa—. Si no soy más que un viejo arenque seco... Ella es demasiado joven y hermosa...

—También lo es tu hijo y lo envías a Cambridge para mantenerlo alejado de ella.

—¿Efraim? Es demasiado tímido y asustadizo para ella. Jenny está llena de vida... —y recalcando las sílabas, pero sin darle aparentemente importancia— ella es para alguien como ese primer maquinista.

—¿Qué primer maquinista?—interrumpió soliviantado Hager.

—Pero... —Patsy aparentaba incredulidad— pues... Loomis, el primer oficial del «Gadfly»... —Hager hizo una mueca de ira—. Tiene gallarda postura ese muchacho. Cuando les vi, a él y a Jenny, salir de aquí hace un instante, me dije: «Ahí va un muchacho que debe tener éxito con las mujeres»...

Hager, sin darle tiempo a terminar, se levantó con el semblante sombrío y los ojos inyectados en sangre; dando un portazo, le vió marchar. Cuando ya avanzaba la noche, Jenny llegó a su casa acompañada de Loomis —que se despidió en la puerta—; su padre estaba esperándola. Acostumbrada a dominar hasta a su propio padre, no se fijó en él. Tim Hager, con voz siniestra, le insultó:

—¡Eres igual que tu madre! ¡Una libertina! Esto es lo que eres.

—Tú quisieras tenerme aquí para siempre, ¿verdad?—contestó retadora Jenny—. Bien; pues ni pudiste retener a mi madre ni me retendrás a mí.

—¡Pues lo conseguiré, Jenny!

—¡No! Yo no he nacido para esta vida; sé vivir como una

señora; les gusto a los hombres, Y son los hombres los que tienen dinero en este mundo...

—Cuando se presente el hombre adecuado...

—Tú irías a buscarle y le matarías. Sé que no te gusta que ningún hombre me mire. Pero ellos me siguen mirando.

—Tú les incitas, Jenny—dijo Tim con amargura—. Te es tan fácil trastornar la cabeza a un hombre.

—No lo será si te empeñas en pisarme los talones. Hay docenas de «hombres adecuados» dispuestos a sacarme de esta ratonera; pero ¿caso me dejarías marchar? Sé que el señor Poster me desea. No he procurado que me deseara. ¿Qué piensas tú de esto?

—Llevas el diablo dentro, Jenny. El diablo del mismo infierno y voy a sacártelo con un látigo.

—¿Es que vas a pegarme?

Por primera vez en su rostro se dibujó la expresión del miedo.

—Será una paliza que no te dará ningún gusto.

Y sin darle tiempo a intentar la menor resistencia, atenazó con su mano de hierro uno de los brazos de Jenny y, tomando un vergajo que se hallaba colgado de la pared, comenzó a castigarla sin compasión. Los latigazos caían sobre la piel de Jenny con furia redoblada. En el paroxismo del terror, Jenny logró desasirse al tiempo en que su padre, quebrantado por el alcohol, caía víctima del dolor físico y moral que el castigo representaba.

Jenny, inesperadamente libre, comenzó a correr como una loca por la calle en dirección a la casa del señor Poster. Llegó jadeante y golpeó insistentemente la puerta.

—¡Señor Poster! ¡Señor Poster!

Alarmado, Isaias Poster, bajó lo más rápidamente posible las escaleras acompañado de su vieja ama de llaves, la señora Hollis.

Al abrir la puerta y encontrar a Jenny con el semblante desencajado y el cuerpo maltrecho, su mente se hundió en un mar de confusiones.

—¿Qué ocurre Jenny? ¿Quién te persigue?

—Mi padre. ¡Venga tras de mí con un látigo!

—Venga y ayúdela, señora Hollis. ¡Animo, Jenny! No te pra-

ocupes, que todo saldrá bien. Báñala, póngale un poco de manteca en las contusiones y acuéstela en mi cama.

En el cerebro de Poster se hizo por fin la luz. Esta era la ocasión deseada. Sin pensarlo más, se dirigió a casa del pastor Tachter. Le acompañaba el diácono Adams. Sin ambages, refirió los hechos. Después de unos instantos de discusión, el pastor Tachter cortó:

—Hay que decir algo sobre la muchacha.

Poster aventuró:

—Una cosa está decidida: la muchacha no debe volver junto a su padre.

—No; alguien debe hacerse cargo de ella—reconoció Tachter—. Yo lo haría, pero mi hija Mary no simpatiza mucho con la pobre muchacha. Además, Jenny está en edad casadera.

—Sin embargo...—corroboró Poster—no podemos confiarla a la caridad pública. ¡Ella necesita un hogar!

—Pues el de usted está bastante vacío—respondió Tachter.

—¡Oh, déjeme aparte de esto! No sería conveniente para mí cobijarla en casa. No tengo casa y mi ama de llaves podía dejarme cualquier día y tendríamos un escándalo en la ciudad.

—Sí—afirmó Tachter.

—La boda es la única solución, y la respuesta a esto es un hombre más joven—dijo Poster.

—¿Qué le parece su hijo Effraim? Acostumbraban a ir tan juntitos...—terció el diácono.

—¡Oh, él es un colega! Ella necesita un hombre responsable—respondió Poster mientras sus ojillos brillaban maliciosamente a la turbia luz de los candelabros.

El pastor se paseó nervioso por la estancia mientras murraba como para sí en voz bastante alta para que llegase hasta Poster.

—Bien, pero alguien habrá. Una muchacha bonita siempre tiene muchos amigos.

—¿De qué sirven los amigos? Muchos de ellos no son mayores que ella—masculló en tono malhumorado el viejo propietario—. Es nuestro deber hallarle un buen hogar y un nombre ho-

norable sin tener en cuenta la edad y además—recalcó con un énfasis que a otra persona de más alcance que al sencillo religioso le hubiera sorprendido—debería ser alguien con dinero.

Tachter quedósele mirando durante un momento, dejando de acariciarse la barbilla. Luego afirmó con aire grave:

—Con esa descripción, señor Poster, se la nombrado usted mismo.

Poster exclamó con fingida humildad y exultante satisfacción:

—¡Oh, no!

Pero al pastor, la idea le había parecido de perlas.

—Ella le preferirá a usted. Además, estoy seguro de que usted no es capaz de arrojar a la calle a un cordero que sufre.

Poster objetó con una débil protesta que además no era necesaria:

—Tal vez ella me rechazase y...

Tachter le interrumpió con decisión:

—Se casaría con usted, Isaias. Es una chica con sentimientos. Mientras tanto...

Se dirigió a la puerta y gritó:

—Mary... Mary... Tráeme uno de tus vestidos. Cualquiera. Sólo que no sea muy bueno.

• • •

Más tarde, en casa de Poster y en el dormitorio de éste se desarrollaba una pintoresca escena. El dueño proponía casi suplicante:

—Jenny, si te casas conmigo, seré bueno contigo. Como un buen padre.

La señora Hollis no pudo contenerse y quiso también ayudar a su amo.

—Y debes saberlo, cuando el señor Poster tiene un hijo de tu edad.

La muchacha, entretanto, con un estupendo aire de ingenui-

dad fingida, haciase de nuevas a los discos del anciano. Este, dirigiendo una mirada al ama de llaves, ordenó:

—Puede usted irse a dormir, señora Hollis. Ya ha hecho todo lo que podía esta noche.

Ella tuvo un gesto de asentimiento y dirigióse a la puerta mientras decía:

—Prepararé la cama de Effraim para usted, señor Potter; no hay tanta calefacción allí, pero estará bastante cómodo.

El señor Tachter, que había guardado silencio hasta entonces, quiso también interceder por su viejo amigo.

—Jenny, si te casaras con el señor Potter, tu padre no podría perseguirte. Serías libre.

Y Jenny, cansada ya de hacer rogar mimosamente, dió su consentimiento mientras el corazón de Isaias daba un brinco de alegría. Al fin sería suya aquella mujer a la que deseaba desde algunos años atrás.

EL SEÑOR Y LA SEÑORA POSTER

La boda de Jenny Hager con Isaias Poster fué lo que debía esperarse. Jenny colmó su ambición; pero allí quedaron, maltrechas y olvidadas, sus mejores ilusiones de novia. Por otra parte, la ceremonia no fué todo lo concurrida que se podía suponer dada la posición social de Poster; a nadie le satisfizo la boda; fué la comidilla de todas las solteras y el rubor de las honorables comadres de aquella ciudad provinciana.

Pero todo ello no preocupaba lo más mínimo a Jenny, que sabía cuán poderoso caballero es don dinero. Lo primero que hizo fué escribir a su hijastro Effraim rogándole que viniera. ¿Qué oscuros propósitos guiaban a Jenny al tomar esta decisión tan peligrosa? El hecho es que cuando releía su carta, llena de énfasis y de respeto, llegó su antigua amiga Meg Saldine, mintió:

—No te vayas. Encargaba cosas a Boston. Algo para embellecer la casa.

—¡Qué bonito!—su candidez y dulzura eran encantadoras—. ¡El señor Poster es un hombre digno de suerte! Esta casa ha sido muy solitaria para él.

—Voy a hacer muchos cambios, Meg. ¿Quieres ayudarme?

—Claro, Jenny, naturalmente.

Meg, como más experimentada en cuestiones de etiqueta, le fué indicando el lugar adecuado de cada cosa.

—Jenny, tendrás que comprar argollas para las servilletas.

—¡Estoy segura de que Cleopatra no se preocupó jamás por las argollas de las servilletas!

—Es que ella no vivía en Bangor—respondió con ingenuidad Meg.

—¡Eso no la hubiese detenido! No fué por saber poner bien una mesa por lo que Cleopatra siguió adelante.

—¡Oh, Jenny!—exclamó Meg un tanto asombrada.

—Cada vez que digo una verdad sobre los hombres o las mujeres, tu dices: «¡Jenny!»—comentó malhumorada—. ¿Por qué se ha de desconcertar a una verdadera señora con conveniencias vulgares? ¡Esto no es correcto y hace solteronas!

Meg se quedó atónita. En aquel momento, la señora Hollis les anunció que el señor Poster les esperaba para ir a la iglesia. Sin embargo, aun se detuvieron un instante:

—Aquella observación sobre las solteronas no me afecta a mí—dijo Meg—. Yo ya he encontrado un caballero muy especial. Se llama John Evered. Es capataz de unos bosques de tu marido y es un hombre muy educado.

—¿Es joven?—preguntó Jenny con el aire de la hiena que olfatea su presa.

—Algo mayor que yo—respondió Meg.

—¿Tiene buen aspecto?

—¡Es encantador!

Su solo recuerdo iluminaba el semblante de Meg.

Echaron a andar hacia la puerta de la calle.

—¿Por qué no te casas con él?—interrogó Jenny con la mayor naturalidad.

—No quiere. No tiene dinero.

—¡Oh, qué tontería! ¿Te quiere?

—Sí.

—¿Y tú le quieres a él?

Y al hacer Meg un gesto afirmativo, agregó:

—Entonces haz que se case contigo.

—¡Oh Jenny!, quisiera saber cómo hacerlo. No es como los otros...—murmuró pensativa Meg—. Piensa bien las cosas antes de hacerlas.

—Yo sabría cómo hacerlo. No le daría ni tiempo para pensarlo—afirmó convencida Jenny.

Y a sus labios afloró una enigmática sonrisa.

* * *

Cuando la religión no es más que un lujo de buen tono para las familias ricas, ninguna iglesia que no reciba especial ayuda del Espíritu Santo puede prosperar. Podemos afirmar que la iglesia que el bueno de Thatcher intentaba llevar adelante no gozaba en modo alguno de la susodicha ayuda.

Ante la penuria económica por la que pasaba en aquel entonces y la necesidad de ampliar el local de la iglesia, para tener al menos una escuela, el pastor decidió acudir a la caridad de los ricos. Les visitó particularmente, y no obtuvo lo que ansiaba. En vista de lo cual decidió hacer públicamente la petición. Congregó a las familias más opulentas, increpándolas desde el púlpito. Nadie se dignó responder a su llamada. Insistió de nuevo acudiendo a todos los argumentos a su alcance. La dureza de corazón de aquellos ricachones no se ablandó ante ninguno de sus razonamientos.

Parecía decidido el pastor a abandonar la partida observando que el silencio más absoluto acogía sus ruegos y sus imprecaciones, cuando la voz de Jenny, clara y resonante, rompió la embarazosa situación:

—El señor y la señora Poster contribuirán...—dudó un instante ante la expresión de sorpresa de los circunstantes—con mil dólares. ¡Si los hombres de Bangor no quieren dar para la iglesia, lo darán las mujeres!

Oleada de murmullos. Su ejemplo cundió:

—¡El señor y la señora Partridge darán quinientos dólares!—exclamó la señora Partridge.

—¡El juez Saldine dará mil dólares!

De todos los ámbitos de la iglesia empezaron a llover donativos. El pastor no cabía dentro de sí de gozo. Y miraba agradecido a Jenny, que con aquel rasgo se había captado el interés cordial de todas las enconpetadas damas de la población que demostraban hacia ella por su desenvoltura y ascendencia un desprecio que hasta entonces no habían tratado de ocultar. A la salida del templo todo fueron felicitaciones para la joven mistress Poster. Con el rostro iluminado de alegría acercóse Tachter a Jenny y le dijo mientras estrechaba agradecido sus manecitas:

—Jenny, quiero que sigas trabajando para la iglesia. Una iglesia sólo puede sostenerse con donaciones; no con palabras.

Poster, que todavía estaba dolorido de aquel asalto a su bolsa, que le parecía harto desconsiderado, dijo con aire de malhumor:

—Creo que las palabras de mi esposa le sirvieron bastante: ¡Mil dólares! —Y dirigiéndose a Jenny, intentó reconvenirla:— Si crees que tengo tanto dinero, debería...

Tachter, viendo el cariz que tomaba el asunto, le interrumpió, adulador:

—No siga, Isaias. ¡Es usted el hombre más afortunado de Banjor!

En aquel momento se acercó al pequeño grupo la señora Partridge, una de las que habían contribuido más generosamente, siguiendo el rasgo de Jenny.

—¡Oh, señora Poster! Me da mucha alegría ver a las damas más jóvenes interesándose por nuestra iglesia. Y le presento mis excusas por no haber ido a verla directamente después de su matrimonio.

El juez, que permanecía callado, afirmó también.

—Ha sido una contribución magnífica.

Y Jenny, magnífica diplomática y queriendo ver delatrugado el entrecejo de Poster, dijo con todo el orgullo que pudo sacar:

—Tengo un marido maravilloso que me permite hacerlo.

Isaias, a pesar del pellizco que implicaba para su bolsillo, sintióse manifiestamente esponjado y ocultamente satisfecho de sí mismo.

EFFRAIM POSTER

Al llegar a su casa el matrimonio Poster, encontraron apoyado en el quicio de la puerta a Effraim que les esperaba. Lo sorpresa de Isaias no tuvo límites. Effraim saludó:

—¡Hola, padre! —e irónico—: ¡Hola... madre!

—Mi nombre sigue siendo Jenny.

—Vienes a casa, ¿eh?—preguntó molesto Isaias—. Creí que estarias camino de Inglaterra o en otra parte a estas horas.

—¡Oh! ¡Inglaterra está llena de arquitectos!

—Ya sabía que vendrías a casa—terció Jenny—. Isaias me dijo que te había enviado dinero para viajar un poco; pero yo no creí que lo hicieras.

—Estuve a punto de hacerlo. No sabía si tomar en cuenta tu carta... o la de él, y marcharme.

—Es fácil ver cuál de ellas te mereció más atención—repuso Isaias, malhumorado, y añadió—. Bien, ¿por qué nos quedamos aquí? Dentro o fuera.

Entraron. La alegría de la vieja ama de llaves fué la única nota simpática de aquel frío recibimiento.

Effraim, después de doctorarse en Cambridge, había viajado un poco, adoptando el porte de un hombre de mundo. Sin embargo, su fondo de timidez no había sufrido cambio alguno. El

encuentro con la que fué compañera de infancia, convertida en madrastra suya, fué una tremenda sacudida para él.

Al comer, la actitud hostil de su padre no varió. De nuevo le instó a que se marchase. Sin embargo, Jenny se interponía en sus propósitos. Su seducción acababa con la resistencia de Poster: no le podía negar nada. La conversación terminó en el comedor de una manera seca y ambigua.

Juntos otra vez en el despacho, Effraim continuó:

—Tú mismo has dicho que Bangor es una ciudad activa, se hacen fortunas todos los días. La gente rica querrá tener casas bonitas.

—No habrá loco en esta ciudad que se gaste el dinero contigo. Haz lo que te decía en mi carta y viaja un poco.

—¿Por qué estás enojado conmigo? Acabo de llegar a casa.

—¡Estoy enojado contigo por tus maneras! Crees que no sé cómo has estado gastando mi dinero. ¡Con bebidas y mujeres fáciles! Te conozco.

—Effraim—terció Jenny—, no debes enfadar a tu padre.

—Lo siento...—gimió Effraim, contrito—. Muy bien, padre. Me iré si en realidad quieres que me vaya.

—No creo que lo quiera. —La voz de Jenny era persuasiva y melosa—. Tú quieres que tu hijo esté en casa, ¿verdad, Isaias?

—Me duele la cabeza con esta conversación—cortó Isaias, fastidiado.

Decidieron acostarse.



La caridad de Jenny para con los pobres era extraordinaria. No cesaba de visitarles dondequiera que viviesen, llenándoles de atenciones y regalos. Su dinamismo en este aspecto era verdaderamente excepcional. Prodigaba su dinero y sus energías sin darle importancia.

Effraim, subyugado por su encanto, la acompañaba como un lebral a todos lados. ¿Qué había entre Jenny y Effraim? Poster se hallaba intranquilo. Effraim sufría. Sentía una atracción irre-

sistible por aquella mujer; sin embargo, el imperativo del deber, la acusación constante de su conciencia, le tenían como sobre ascuas. Su espíritu abúlico y asustadizo le incapacitaban para una decisión definitiva como reclamaba el caso. No obstante, un día, sobreponiéndose a su pasión, decidió hablar con su padre:

—¡Hola, padre!

—Soy contigo en seguida. —Arregló unos papeles y enfundando sus gafas le espetó—: ¿Qué has estado haciendo todo el día?

—Llevando en el coche a Jenny.

—Es muy popular en Bangor. ¿Verdad?

—Practica muchas y buenas obras.

—Quieres decir que gasta mucho dinero.

—Si te preocupara, pondría fin a ello. Tú eres muy feliz con ella, ¿verdad?—preguntó, mirándole fijamente, Effraim.

—Sí...—contestó pensativo su padre.

—Bien. Voy a aceptar tu consejo. Bangor no es sitio para mí.

Atentos a la conversación, no advirtieron la presencia de Jenny, que acababa de entrar sin hacer ruido apenas.

—Creo que tu padre te necesita aquí, Effraim—dijo.

—¡Jenny!—exclamó asombrado Poster—. ¡Tienes pies de pájaro! No he oído el menor ruido.

Todos los buenos propósitos de Effraim se vinieron abajo. Las caricias y carantoñas de Jenny malograron una vez más los proyectos de Poster. Veía la peligrosidad de prolongar aquella convivencia, pero toda su energía se derrumbaba ante el poder seductor de aquella extraña mujer que los tenía como hipnotizados.

De nuevo la conversación quedó en un punto muerto. Effraim se quedó en casa de su padre.

LA ENFERMEDAD DE ISAIAS

Los cortadores de árboles de la montaña bajaron a Bangor a pasar unos días de descanso. Como era de suponer, su conducta dejó mucho que desear. Cuando en una ciudad populosa y rica no está garantizado el orden público, mediante una buena organización de policía, es siempre de temer que menudeen los excesos. Bangor, que reunía todas las condiciones exigidas para ser catalogada dentro del número de esas ciudades, no fué excepción a la regla. Las borracheras anduvieron a la orden del día e incluso se llagaron a oír algunos tiros.

Las tabernas y bares — que dicho sea de paso, siempre han constituido un buen negocio en las mencionadas circunstancias — tuvieron también su parte en la revuelta. Algunas de ellas fueron quemadas (con gran regocijo de la gente de orden); otras sufrieron algunos desperfectos en su mobiliario; las más soportaron con resignación la abalancha porque todos aquellos manirrotos pagaban bien y constituían por otra parte, un caso excepcional.

Por aquel entonces, no sabemos si a causa de los disgustos familiares, o simplemente, debido a factores fisiológicos, Isaias Poster cayó en cama gravemente enfermo. Se hallaban en pleno

Invierno. El doctor Mason dijo que le convenía un clima cálido. Pero se hacía casi imposible el traslado en el estado de gravedad en que se hallaba el enfermo. Jenny se desvivía. Día y noche a la cabecera de la cama, parecía insensible a la fatiga y al dolor. Era un magnífico ejemplo de lealtad conyugal.

El enfermo se agravaba, y sincrónicamente, la ciudad se encontraba en continuo desasosiego por los cada vez más frecuentes tumultos, de irreparables consecuencias en su mayoría.

La entereza con que Jenny recibía los acontecimientos era realmente extraordinaria. Effraim estaba abatido. No sabía qué hacer ni qué decir. El juez Saldine, alarmado por el giro que tomaban las cosas en la ciudad, y queriendo prevenir mayores males, le rogó que fuera a avisar a los cortadores y asalariados de Poster para que terminaran de una vez con aquella enojosa situación, en tanto no llegara la milicia. Effraim accedió de mala gana a ruegos de Jenny.

Cuando, ya anochecido, la señora Hollis llamó con vehemencia a Jenny parecía llegado el final. La expresión de Jenny al saber la noticia de la mejoría de Isaiás fue inefable. Nadie podría decir, si era de alegría o de desesperación. Sufrió un desmayo.

Una nueva noticia vino a oscurecer de nuevo el ambiente: el juez Saldine había sido asesinado en una de las revueltas. Las emociones de las últimas horas habían sido tan fuertes que la señora Hollis pretendió llevar a Jenny a la cama; no obstante, tras de un instante de duda, Jenny decidió ir a casa de Meg a transmitirles la noticia y acompañarles en el duelo.

De tal forma se habían puesto las cosas, que fue imposible enterrar al difunto juez en toda la mañana siguiente a su fallecimiento. Poster, recuperado ya, fué a casa de los Saldine a hacerles compañía. Estaban inermes, sin poder intentar nada en tanto no vinieran refuerzos del bosque.

—¿Es que nadie puede pedir permiso para enterrar a los muertos?—preguntó Meg, desolada.

—Yo lo he hecho—respondió el pastor Tachter.

—¡Tenemos que permanecer sentados esperando que el barril de licor quede seco!—gruñó la señora Partridge.— Los vagos y

borrachos se han adueñado de la ciudad. Y por espacio de tres días; ¡un hombre como el juez Saldine no puede ser conducido a su última morada! ¡Una gran victoria del alcohol!

—¡No diga insensateces! — murmuró Poster, herido en su amor propio—. Cuando estos hacheros vienen de los bosques buscan algo de emoción después de un invierno de trabajo.

—Si les suprimieran las diversiones se irían a trabajar a otra parte del país.

—Eso prueba solamente—afirmó Poster—que nos hace falta una fuerza de policía y algún gobierno en la ciudad; nada más.

—Ha sido usted demasiado tolerante. ¡Salas Poster!—reprochó Tachtei—. Demasiado interesado en forrar su bolsillo.

—Cuando mis hacheros bajen del bosque—dijo Poster, estudiando la acusación— patrullarán por la ciudad hasta que hayamos podido enterrarle decentemente.

Y, hablando de Roma..., en aquel instante oyeronse las voces de los hacheros de Poster. Este se levantó diciendo:

—Bien, podemos empezar el entierro, pero lo que he dicho queda en pie. Poned un poco de ley y de orden en la ciudad y las tabernas podrán subsistir. Son buenas para el negocio.

—¿Adónde vas?—preguntó Jenny al verle marchar hacia la puerta.

—Esos son mis hombres—dijo Poster, indicando un grupo que se hallaba frente a la casa—; voy a darles órdenes.

Salieron. El jefe de la expedición, un hombre apuesto de unos treinta años, fuerte y jovial, saludó a Poster:

—¿Se encuentra usted bien, señor Poster?

—Sí, sí... Oye, John, quiero que lleves algunos de los hombres al frente del entierro. Dispón algunos a los lados y otros detrás. Procura que haya toda la quietud posible. Los entierros deben ser pacíficos, Jenny, éste es John Evered, mi capataz—dijo, presentándole—. Evered, mi esposa.

Evered hizo una reverencia. Jenny le dedicó una de sus mejores sonrisas y le miró insistentemente, con una curiosidad felina. Evered rompió el silencio:

—¿Usted es la señora Poster? — preguntó extrañado de su juventud y belleza.

—¡Claro que lo es!—respondió Poster con dignidad y algo molesto.

En aquel momento surgió Meg. Al ver a su novio, se refugió en sus brazos:

—¡Oh, querido! Me alegro de que estés aquí.

—Es terrible lo ocurrido con tu padre—la consoló Jenny—. Me dió mucha pena pensar que te hallabas sola.

—Yo me hacía la ilusión de que estabas conmigo y esto me infundió valor. Pero si no se efectúa pronto el entierro, me temo que voy a perder la serenidad.

—Reverendo—cortó Poster—, ya podemos empezar.

LA HIDROFOBIA DE EFFRAIM

Aquella noche, John Evered y Meg Saldine fueron invitados a cenar en casa de Poster. La comida estuvo muy animada. Meg y John se devoraban con los ojos. Jenny no podía ocultar su envidia.

Mientras los dos novios charlaban en la habitación contigua, Jenny e Isaías conversaron:

—¿Vamos a la sala de estar?—preguntó Jenny, que no podía sufrir que los dos jóvenes se hallasen solos, amándose.

—No, Jenny, déjalos solos—. Tú sabes cómo es la gente joven, John tiene que volver al campamento mañana.

—¿Se marchará?

—Sí, naturalmente. —La puerta de la sala de estar se cerró suavemente y Poster comentó, malicioso—. Nuestros pajaritos enamorados han cerrado la puerta...

Jenny se mordió los labios.

—¿Por qué has de mandarle que se vaya si él es el único hombre que puede mantener el orden?

—Porque le necesito en el campamento. Es capaz de hacerlos y no policía.

—Claro, si tu negocio significa más para ti que tu hogar y tu familia...—musitó, lastimera y quejosa, Jenny.

—Jenny, es preciso que vigile el corte de la madera. No es más que eso.

Entraron Meg y John.

—Siento que hayamos tardado tanto—se excusó Meg, y añadió:—Jenny, creí que tú y el señor Poster entraríais.

—Quería que estuvieseis solos—explicó Jenny, y agregó, dirigiéndose a Evered—: Claro que usted puede permanecer en Bangor unos cuantos días. Ella le necesita.

—Me quedaría con mucho gusto, pero creo que tendré que estar ausente una temporada.

—No estará sola. Yo cuidaré de ella hasta que usted regrese—añadió Jenny.

—Gracias, es usted muy buena—exclamó, reconocido, Evered.



Jenny siguió haciendo la vida de siempre; dedicando más tiempo si cabe a sus obras de caridad. Pero algo cambió en ella; no volvió a dedicar la más mínima atención a Effraim.

Effraim, cada día más apasionado, veíase sin razón ni motivo aparente, abandonado de Jenny. Un día se lo reprochó:

—Jenny, ¿por qué estás estos días tan cambiada? Nunca puedo hablar contigo.

—Ahora estamos hablando—respondió Jenny sin darle importancia.

—Sí, es cierto; pero se puede decir que por casualidad. Te pasas el día de un sitio para otro. Con Hollis, con Meg, con tus obras de caridad... pero nunca estás en casa.

—Lo siento—murmuró, desolado.

—¡Es una respuesta muy pobre, Jenny!—protestó Effraim—: ¡Abandonas tus quehaceres y eso es intolerable!

Jenny ni se dignó contestarle. Dió media vuelta y subió las escaleras de la casa.

Apenas se habían instalado en el salón, llegó un hombre jadeante y trémulo:

—¡Han robado casi diez mil pies de pino recién cortado, señor Poster!

La noticia sobresaltó a todos. Poster se irguió con expresión de ira y preguntó:

—¿Dónde?

—En Bing Bend. Y no hay el menor rastro de quién lo hizo. Señor Poster, a menos que haga usted intervenir la Justicia, no va a quedar ni un solo árbol en todo aquel distrito.

—¿La Justicia? — exclamó, iracundo—. ¡Soy propietario de ese terreno! ¡Y yo haré mi propia ley! Debo hacer un viaje al distrito montañoso. Piratas de madera... —Dirigiéndose a Effraim— ¡Quiero que vengas conmigo!

—¿Yo? —preguntó Effraim, atemorizado.

—Es hora de que veas qué aspecto tiene un pino en la destroncadora. Este es mi negocio y tú debes aprenderlo. Vamos, haré que te sirvan algo de comer—dijo, levantándose para hacer su equipaje.

—Jenny, yo... —intentó pedir ayuda, pero la voz de su padre le interrumpió:

—¿Qué esperas?

De pésima gana hizo su bulto rezando a todos los santos para que aquel temido viaje no se realizara.

Se le acercó Jenny, Effraim, sabiendo el ascendiente que tenía sobre su padre, se arrodilló a sus pies y le pidió ansioso:

—¡Jenny! No comprendo por qué insiste en que yo vaya. Seré totalmente inútil y además me horroriza el agua. Los barcos ya eran desagradables y ¡esto serán canoas!... —gimió desesperado—. ¡Canoas indias, frágiles, hechas de corteza de abedul! Jenny, yo no puedo confesarle que estoy asustado. Díle que no me lleve con él. Ya le dije que no era apto para esta clase de vida. Le dije que sería una carga más que una ayuda. Pero es tan testarudo. Jenny, por favor...

Ni sus lágrimas ni sus razonamientos ablandaron a Jenny, que impávida le ordenó:

—Tú debes acompañar a tu padre.

La última esperanza se había derrumbado. Con el corazón en un puño y el presentimiento de una desgracia en el corazón, se despidió de Jenny cuando su padre dió la orden de marchar.



La canoa donde iban Poster y su hijo, acompañados de los guías indios, parecía una cáscara de nuez arrastrada por la corriente torrencial del río. Sorteaban milagrosamente los peñascales que había en el camino.

En el semblante de Effraim se dibujaba el pánico más horrible cada vez que tenían que sortear un obstáculo. Intentó varias veces, impulsado por el terror, saltar de la canoa, haciendo zozobrar la barquichuela. Effraim estaba fuera de sí. En un momento en que la canoa pasaba entre dos peñas a una velocidad vertiginosa, Effraim perdió el tino y se arrojó al agua. Su movimiento hizo perder estabilidad y Poster, que no estaba bien sujeto, fué lanzado al agua.

La corriente del río les reunió a ambos y sucedió la escena más violenta y escalofriante que imaginarse pueda. El instinto de conservación dominó a padre e hijo, que lucharon por su existencia con todas sus fuerzas. El cubo de achique, que fué lanzado con ellos por la borda, única tabla de salvación, fué disputado furiosamente; por fin, en un golpe de suerte, Effraim logró separar a su padre del cubo y se apoderó de él.

Horas después, uno de los guías indios que les acompañaban, comunicaba a Jenny la noticia del fallecimiento de su esposo:

—La lancha dió la vuelta. El señor Poster era demasiado débil para nadar. Lucharon los dos por ver cuál de ellos cogería el cubo de achique... Creo que se ve quién venció—añadió, señalando a Effraim.

—Pero... ¿ha muerto?—preguntó Jenny.

—Creo que sí, señora—respondió el indio.

—¿Dónde está el cadáver?—interrogó de nuevo, dudosa.

—Debe haberse quedado retenido en el fondo del agua. Lo siento, hemos buscado tanto como hemos podido.

—Estoy segura de que ha sido así — asintió, tranquilizada, Jenny.

Se marchó, Effraim hizo ademán de querer entrar en la casa, al propio tiempo que imploraba ansioso y contristado:

—¡Jenny, créeme!... no fué culpa mía. Yo estaba asustado... Tú sabes lo que me asusta el agua...

Pero Jenny, con el desprecio más absoluto, le arrojó estas palabras al rostro:

—No puedes entrar en esta casa. ¡Miserable! ¡Cobardo! Tú dejaste morir a tu padre.

Y cerrando la puerta tras sí, entró en la casa.

Tumultuosos pensamientos surcaron la mente de Jenny. Qué importaba ahora Effraim. La ciudad comentaría su actitud y hasta la aprobaría. Había matado dos pájaros de un tiro. Joven y rica, única disfrutante de una saneada fortuna que le dejaba Isaías había llegado ahora su momento. La vida se abría ante ella con todos sus placeres. Ella procuraría ahogar los remordimientos que su doblez le inspiraba. Ya se podía estar pudriendo Isaías. Si no fueran tan mojigatos en aquel maldito poblado. Menos mal que el luto la favorecía. Y la muerte también. Qué maravillosa había sido al darle los medios de poder librarse de Effraim, que ya se le antojaba inoportuno. ¡Ahora, después de unos meses de hipócrita figuración, la vida era suya!

Effraim, en cambio, quedóse anonadado ante aquella puerta que se le cerró tan firmemente. Intentó protestar pero en vano. El, que había creído encontrar en la compañera de juegos de su infancia, una amiga comprensiva ante su pena. Ella, que le había hecho creer las más locas esperanzas de placer para el porvenir y ahora... No era posible... debía estar soñando.

Con un gesto sombrío cruzó el jardín y sin volver la vista atrás volvió a la calle. Echó a andar y en la primera taberna que encontró procuró beber hasta las heces, aquel cáliz de la amargura bajo la forma del ardiente licor que le traería el olvido y la deseperación.



—Creo que tu padre se
oculta aquí.



Tenia el cuerpo maltra-
cho y la cara desmejorada.



Durante la comida Eirafin no tenía su atención más que en Junny.



— Si te casaras con el señor Postes ya no tendrías por qué temer a tu padre.



Desde el momento de Ebraim, Foster se había encerrado en un frío mutismo.



Doster cayó gravemente enfermo.



—¿Por qué se ha de des-
concertar a una verdadera
señora con conveniencias
vulgares?



— Ya he tenido siempre
mucho miedo al agua. —■



Juan si mal, sin puestas
este jueves a Jimmy, 'a que-
ro y votare a un lado.



La fingida generosidad
crapaba a Meg.



Jenny retrocedía aterra-
da, dando un alarido de
angustia.



—...lo siento, pero si
usted desea esperar.



— Eres más bella que
nunca.



Un ritual de carrajes
les interrumpió...



—Es necesario que tú lo
sepas todo ... todo.



So semblante vostro
ajado.

LA DESESPERACION DE EFFRAIM

Al enterarse del fallecimiento de Poster, todos cuantos trabajaban a sus expensas se congregaron en su casa, ansiosos de saber el destino que correrían sus bienes y los proyectos del nuevo propietario respecto al personal empleado. Su primera impresión fué harto pesimista cuando se enteraron que el nuevo propietario era una mujer. Empero Jenny les tranquilizó:

—Ustedes seguirán viviendo su vida sin ingerencias. Yo seré la dueña de las propiedades, pero recibirán las órdenes de mi superintendente... —vaciló un momento— John Eveñed.

Al saber el nombre del nuevo jefe todos se alegraron; John tenía una fama inmejorable como organizador y como superior jerárquico. Felicitaron todos a Jenny por su acierto.

John se quedó estupefacto, pues no estaba en antecedentes. Hizo ademán de rehusar tanto honor, pero Jenny le detuvo con una sonrisa:

—Mi marido le hubiese elegido a usted, y así, lo hago yo en su lugar. Hasta esta reunión —dijo cuando ya se habían marchado todos—, yo... creía que estaba muy sola en este mundo.

—El señor Poster era un buen hombre, será un honor trabajar para su esposa. Es algo extraordinario lo que ha hecho us-

ted conmigo, señora Poster — dijo John, realmente emocionado.

—¿Tiene usted algún inconveniente en trabajar para una mujer?—interrogó, mimosa.

—Verá. Eso depende de la mujer. Será como gobernar un reino. Ha sido una lástima...

—¿Una lástima que no haya heredero del trono?—preguntó Jenny con una sombra de tristeza en los ojos.

—Sí.

—Pobre Effraim—lamentó Jenny—, nunca le di ocasión de explicarse. Le acusé sin pruebas.

—Pero todos dicen que se portó como un cobarde.

—Yo no lo vi y sé que quería a su padre.

—Tiene usted que dejar de pensar en ello, señora Poster —repuso con intención de consolarla Eve-ed—. No hará más que perjudicarse y no favorecerá a Effraim.

—Le vi por la calle hace una semana. Estaba borracho, y el diácono Adans gritaba: «Has escogido tu condenación y serás eternamente condenado»—relató Jenny un tanto impresionada.

—No hay nada que usted pudiera hacer para salvarle —y añadió, compadecido—. Está usted muy cansada, señora Poster.

—No lo estaré después de hoy—dijo Jenny, recobrando su jovialidad—; he puesto todas mis cargas sobre los hombros de usted. Por favor, llévelas bien, por mi cuenta.

Y a fe que cumplió John su compromiso. El inmenso trabajo acumulado en los últimos días y la complejidad del negocio de Poster fueron muy superiores al cálculo que de ello se hizo John. En realidad, el trabajo no le dejaba ni tiempo para ver a Meg. Esta, adivinando con su instinto femenino la malla sutilísima, impalpable, pero impenetrable que Jenny estaba tejiendo entre ambos, se quejó a John.

—Estás cansado.

—Sí, mucho...—contestó, llevándose la mano a la frente con un gesto muy significativo—; el llevar madera no era nada comparado con esto.

—Hubiese sido mejor que te quedaras en los bosques, por lo poco que nos vemos—dijo Meg con una voz lastimera.

—Yo hago cuanto puedo, Meg —se excusó Evered—. Pero el trabajo me toma todo el tiempo.

—Ya lo sé...—repuso inquieta Meg—; no es que critique, pero...

—¿Qué?—interrogó John.

—Me siento sola—confesó.

A John le dolió aquello. Llegó Jenny, John prometió a Meg ir a cenar con ella aquella misma noche.

Jenny, con su conversación ligera y envolvente, logró captivar la atención de John. Hablaron del negocio y de perspectivas futuras. Entraron después en terrenos más íntimos... Ninguno de los dos notó la marcha de Meg. Cuando repararon en su ausencia, John se reprochó a sí mismo:

—Tendrían que arrastrarme por la calle mayor por lo mal que me porto con ella.

—Es más comprensible de lo que tú crees. Estaré en la Liga de la Templanza toda la tarde de mañana. Así es que si hay algo que quieras discutir conmigo ahora...

—No, no hay nada que no pueda esperar...—repuso John, agregando, como para excusarse—: Voy a cenar con Meg.

—¡Bien! Cuida mejor de ella, John—dijo Jenny, burlona—; la estás olvidando. Adiós.

—Adiós.

Se quedó pensativo y no pudo reprimir un gesto de admiración.

—Es una mujer maravillosa.

Había llegado Duncan.

—Cualquier día voy a quitar una botella de la mano y estampársela en la cabeza... —rezongó de mal humor.

—¿De quién estás hablando?—preguntó sorprendido Evered.

—Del joven Poster. Deberías oír las cosas que digo de ella.

—Ha estado hablando de ella. ¡Vaya con el borrachín!—exclamó impaciente—. La he visto casi enfermar por preocuparse de lo que él hace. Averigua dónde está. Quiero ir a verla.

Cuando llegó John Evered a la choza donde vegetaba Effraim

Póster, le encontró con un aspecto lastimoso: sucio, con una barba de ocho días, desesperado y ebrio.

—¡Hum! Debo estar causando molestia—dijo con voz aguardentosa.

—Más de lo que tú vales—respondió amenazándole Evered.

—¡Oh, yo valgo poco! ¿Qué ocurre ahora? Vas a pegarme tú mismo o lo harán los otros muchachos de allí fuera. ¡Entrad, entrad, hay bebida para todos!

El aspecto y la incoherencia de Effraim movieron la compasión de John.

—No hay nadie ahí fuera, y estamos solos. ¿Cuánto tiempo hace que no comes?—preguntó cortés el flamante superintendente.

—Tengo comista...—repuso Effraim, desabrido—. ¿Te gusta tu nuevo empleo?

—Sí, me gusta.

—¿Todavía no te ha «enganchado» ella?—preguntó zumbón Effraim.

John fingió no haberle oído.

—Te vas a matar bebiendo todo eso, sin comida en el estómago. Vamos, comamos algo. Me estás privando de mi cena! Ella no sabe que estoy aquí. Conste que no me dijo nada.

—¡Es mentira! Nadie hace nada a menos que ella esté detrás del asunto. Yo no debía haber vuelto a este pueblo al saber que ella se había casado con mi padre. Pero me hizo venir. ¿Estás enamorado de ella?—preguntó Effraim con descaro.

—Se da el caso de que estoy comprometido con otra.

—¿Y eso qué importa? Estoy seguro de que Jenny se hubiese casado conmigo, pero prefirió casarse con mi padre para apoderarse de toda su fortuna. Esto es lo único que ella perseguía. Es avariciosa, cruel y malvada. Ha destrozado mi vida.

John escuchó todo esto con incredulidad, pareciéndole una colección de desatinos. Sin embargo, algo le decía que en todo ello había soterrado un fondo de verdad. Effraim continuó hablando cada vez más violento y descarado.

—Aquella noche, antes de empezar la marcha, le dije que yo no podía ir, que yo no debía ir, tú tampoco lo crearás, sin embargo, es verdad. Siempre he sentido miedo al agua... Incluso cuando era un chiquillo, Jenny lo sabía. Me asusté en la canoa durante el viaje; al saltar una cascada creí que me ahogaba y traté de huir. El pánico me hizo perder el conocimiento y sólo recuerdo que estaba en el agua con un cubo de achique que me sostenía y alguien trató de cogerlo. Pero yo no sabía quién era.

Ella sabía cuán peligroso era ese viaje. Por eso nos incitó a realizarlo. ¡La odio, la odio con todas mis fuerzas! Sería capaz de matarla. Y por eso me marcharé. Y llevaré la imagen de su crueldad en el fondo del corazón.

Presentaba al intoliz Effraim dentro de su miseria y del estado a que había llegado un destello tal de sinceridad que Evered se sintió extrañamente conmovido. Se dijo que nadie podría afirmar tan consecuentemente y con tal fervor nada falso. El joven Poster con su rostro alumbrado tenebrosamente a la luz de aquel parvo cirio tenía, pese a lo bajo que había caído, un resto de nobleza. La duda, pues, empezó a aposentarse en el corazón de Evered. Bien pudiera ser que no hablase con un loco. ¡Pero se le hacía tan doloroso dudar de Jenny! De Jenny, a la que ya empezaba a amar locamente como había confesado hacía un momento a Effraim. ¡No!; no podía ser. Sin embargo, la idea no podía huir de su cerebro de hombre recto, a pesar de todo, y que hasta ahora no había puesto atención a las complejidades del carácter femenino de Jenny Poster...

SEGUNDAS NUPCIAS

Las palabras de Effraim Poster sumieron a John en un verdadero mar de confusiones. La sinceridad que resplandecía en todo su vehemente relato no podía dejar de impresionarle. Y, sin embargo, él tenía, como todos cuantos la rodeaban, la convicción de que Jenny era inocente. Durante todo el camino fué preguntándose cómo resolvería la cuestión. Cuando llegó a casa de Jenny tenía un plan formado. Faltaba que Jenny se prestase a ello.

Cuando le planteó una necesidad de dar solución al conflicto Jenny se hizo la desentendida:

—No sé de qué estás hablando. Yo le he querido siempre. Era hijo de mi marido. Yo quería que me quisiera.

Aquella manera de eludir el problema no convenció a Evered, que insistió:

—Esto no es lo que él ha querido decir.

—¿Estaba sereno cuando dijo esto?— preguntó Jenny, queriendo plantearlo en otro terreno.

—Jenny—respondió Evered, impacientado—, ¿Crees que no comprendo cuando un hombre miente? Antes que él habla mucho más, será mejor que desmientas todo lo que dijo.

A Jenny le parecieron aquellas exigencias impropiedades de todo punto. Herida en su amor propio, se irguió, preguntando:

—¿Desmentirlo? ¿A quién?

—A la ciudad—respondió Evered sin inmutarse.

—¿La ciudad? ¿Eso pretendes?—en sus pupilas brilló un relámpago de ira.

—Es preciso que vayas a desmentirlo antes de que ocurra algo irremediable—prosiguió imperturbable—. Compréndelo; debes demostrar tu inocencia.

Jenny cambió de actitud. Aquella táctica no le llevaba a ningún lado.

—Pero ¿qué puedo hacer yo? Será mejor dejarlo para mañana—dijo interesada en ganar tiempo.

—¡Hay que ir ahora mismo!—repuso John inflexible. Estaba muy excitado y tienes que calmarle.

—¡Oh! no es que esté asustada. Por favor...—imploró.

Pero al ver el ademán impaciente de John, añadió forzada:

—Está bien; iré.

—Ven conmigo a su choza; quiero que te enfrentes con él...

Y agregó apremiante:

—¡Ahora mismo!

—¡Pero...!—Jenny no veía la razón de aquella urgencia—. Si está lloviendo. Tú sabes lo que les pasa a las carreteras con las lluvias.

—Sí, hay mucho barro, pero no cambian de dirección.

Salieron juntos. Llovía torrencialmente. La choza estaba a unas cuantas millas. Jenny no hacía más que dar vueltas a su cerebro intentando buscar una salida airosa. John, preocupado en conducir la berlina por aquellas carreteras embarradas y en una oscuridad impenetrable, no le dirigió la palabra.

Cuando llegaron frente a la casa estaban caídos hasta los huesos. Había que dejar los caballos en algún sitio al abrigo de aquella espantosa tormenta.

—Mira si hay sitio en el cobertizo—dijo Jenny mientras desenganchaba el coche.

Apenas volvió la esquina de la casucha en dirección al cober-

tizo Jenny, cuando retrocedió aterrada dando un alarido de angustia: pendiente por una cuerda del alero se balanceaba a merced del viento el cadáver de Effraim Poster.

John acudió corriendo. Aquella visión tétrica le impresionó horriblemente. Estrechó entre sus brazos a Jenny diciéndole convulso:

—¡No mires, Jenny!

Algo le impulsó a decir en el paroxismo del terror:

—Yo lo hice... Yo le impulsé.

—¡Jenny!—exclamó John en tono de reproche.

—No digas que no. Si hubiese dicho una palabra para defenderle a él, otros hubiesen escuchado. Yo le maté. ¿No es cierto?

—¡Jenny, por favor!

John parecía tener los ojos clavados en aquella lúgubre escena. Jenny, en un momento en que John no podía verla, soltó los caballos del coche. Libres, se lanzaron en frenética carrera y desaparecieron en la oscuridad de la noche. Cuando John se dió cuenta de su desaparición, no había remedio; sólo dijo enojado, dirigiéndose a Jenny, que ya había abierto la puerta:

—Estamos a diez millas de la ciudad. Tendremos que andar.

Pero al ver el estado lastimoso del calzado de Jenny, su firmeza vaciló...

Entraron.

La noche con sus truenos tejía una sinfonía de maldades mientras, bajo el techo de una choza, el amor tiritaba de frío.

* * *

—Estaban a unas dos millas, abajo, en la carretera—dijo John a la mañana siguiente, cuando hubo encontrado a los caballos— Me esperaban bajo un árbol.

—¿Y el coche?—preguntó Jenny, que se encontraba radiante de felicidad.

—Solo tiene un eje roto—respondió Evered jovial—; puedo arreglarlo en una hora. Jenny, ¿y Meg?

—No tratará de retenerlo.

—¿Ya lo sé! Pero enfrentarme con ella y decirle que quiero a otra...

—¿Tú no se lo dirás! Un hombre ingenyo y tosco como tú... Es trabajo de mujer.

Discutieron.

Cuando Jenny llegó a casa de Meg Saldine, le esperaba ésta triste y compungida. Su instinto femenino adivinaba lo ocurrido.

—Debió ser la tempestad—explicó Jenny con la misma simplicidad que si estuviera dando una lección de geografía—. Es del único modo que puedo explicármelo. La tempestad, la excitación y... los relámpagos nos conmovieron. ¿Qué otra cosa puedo decir?

—Es una suerte que seamos amigas—repuso Meg procurando sobrellevar su derrota con dignidad—. Así es más fácil tratar del asunto.

—No hay nada que hablar. Yo te quiero. Si tú todavía le quieres, ya lo sabes, es tuyo. Sabes bien que yo te lo devolveré si me lo pides.

Su fingida generosidad crispaba a Meg. Empero se sobrepuso.

Llegó Evered. Hubo un pequeño altercado. Jenny decidió esperar fuera. Evered, con absoluta sinceridad, explicó a Meg:

—No quería que esto sucediera así, Meg. Quería ser yo quien te lo dijera.

—No sé qué diferencia puede haber en ello. Es la misma historia, ¿no te parece?

—Supongo que sí...

La papeleta no era nada fácil. John tragó saliva.

—¿Cuándo pensáis casaros?—preguntó Meg a punto de perder la serenidad.

—En seguida.

—¿En Bangor?

—No lo sé; Jenny cuidará de los detalles.

—Lo esperaba desde hace tiempo—dijo tristemente. Hubo

un minuto de silencio. Luego le indicó la puerta—. Te está esperando.

Y pugnando por no estallar allí mismo en sollozos, Meg se alzó rápidamente. Quería estar sola y dar rienda suelta a su dolor. ¡Qué bien conocía ahora a Jenny! ¡Qué bien se explicaban ahora aquellas alternativas de su carácter que tanto le habían hecho pensar!...

John se quedó solo apoyado en la balaustrada viéndole marchar.

Luego exhaló un suspiro de cansancio, y al ver a Jenny que se le acercaba, le reprochó gravemente:

—Jenny, ¿cómo has podido hacer una cosa semejante?

A lo que ésta respondió en una mezcla de coquetería, cinismo y mimo:

—Terni que si venías solo, no volverías a mí...

NUEVA VIDA

Se puede decir, sin temor a error, que Jenny Hager y John Evered constitulan un matrimonio feliz. Su nueva vida les sentaba a maravilla. Sin embargo, John no estaba satisfecho en la casa. El ambiente estaba demasiado cargado de tristes recuerdos para que pudiera gozar con la amplitud que quería de aquella vida que se le presentaba llena de promesas.

John Evered pertenecía a una familia prolifera en extremo. Su madre había dado al mundo nueve mocetones, fuertes y guapos como John. Pasaron unos meses, llegó el verano y Jenny se sintió intranquila; no observaba sintoma alguno que indicara su próxima maternidad.

Fue a visitar al doctor Bayley.

—No hay razón ninguna para que tuviera que ocurrirle a usted esto, señora Evered...—explicó el doctor—. En realidad, no hay razón para que le ocurra a ninguna mujer. Muy a menudo, la naturaleza parece fallar, señora Evered, y no hace a ninguna persona completa.

Sus temores se confirmaban. Se mordió los labios del nervio.

sismo. ¿Por qué la naturaleza había de negarle a ella lo que tantas otras poseían? Su felicidad, tras tanto tiempo de lucha conseguida, quedaba por este solo hecho truncada. Un hilo de esperanza iluminó aún su corazón:

—¿Ni siquiera puedo esperar que dentro de un año... o dos... o más?

No pudo acabar su pregunta.

—En mi opinión, no—respondió el médico con convicción—. Claro que está usted en libertad de consultar a otro doctor. Puedo darle el nombre de uno muy bueno en Boston y conozco a otro en Filadelfia.

—Le creo a usted—dijo Jenny aceptando su derrota.

—No debe usted suponer, querida, que el porvenir es oscuro y vacío. Puede usted adoptar un niño. Sería un descanso para sus emociones normales de mujer...

—Yo quiero un hijo que sea mío—respondió un tanto ofendida, añadiendo implorante—: Usted no hablará con mi marido, ¿verdad? Se lo diré yo... cuando crza llegada la ocasión.

—Naturalmente.

—El desea tener hijos—explicó Jenny—; le gustan mucho. Se despidió. Había envejecido diez años.



—Antes de conocerte a ti—exclamó Jenny llena de júbilo al encontrar a su marido—, no supe nunca lo que era amor. Ahora sé que en realidad no estuve nunca casada con Isaias.

Se sentaron en el césped del jardín. La mañana estaba deliciosa.

—Jenny, quiero que te olvides de Isaias. Que olvides toda tu

vida hasta el momento en que nos conocimos. Tú sabes que muchos muebles nuevos no cambiarán esta casa. ¿Por qué quieres continuar viviendo en ella?—interrogó John volviendo a su tema favorito.

—Es una casa excelente, John. Durará mucho tiempo... Al menos hasta que sepamos dónde construir otra —repuso Jenny haciendo esta concesión a Evered.

—No me importa dónde se construya—dijo John incómodo—, como si te complacieras en seguir viviendo en esta vieja tumba. ¿Qué dices, Jenny? Espezamos a construir nuestra casa propia.

—¡Pero si ésta es nuestra casa!—respondió Jenny.

—Pertenece a Isaías Potter. Deja que se la guarde.

—Isaías murió. ¡Me la dejó a mí!—exclamó con expresión alegre queriendo abatir la testarudez de John.

—Le pertenece a él y a su hijo, y está llena de tristezas hasta el techo. Quiero salir de ella. Quiero nuevas habitaciones y más numerosas, y en beneficio de nuestros hijos quiero luz y aire.

—Por ahora ya tenemos bastantes habitaciones.

Jenny se resistía a abandonar aquello.

—¡No es la casa adecuada, Jenny! Está demasiado próxima a esos lugares de vicio. No es un buen lugar para criar hijos.

Jenny recordó la conversación mantenida con el doctor Bayley y no pudo reprimir la exclamación:

—¡No habrá hijos!

—¿Qué tontería!—dijo John incrédulo.

—¿Ah, sí? Pregúntaselo al doctor Bayley. El te lo dirá.

Evered se quedó sorprendido y abrumado por aquella confesión. Realmente, aquello no formaba parte de sus planes.

—Parece que hay algunas cosas de las que no hemos hablado—afirmó John tras un momento de meditación—. ¿Cuándo te enteraste de esto?

—Hace algún tiempo.

Pausa.

—¿Qué te dijo Bayley exactamente?

—No lo recuerdo—repuso Jenny entristecida.

Y agregó:

—Esto tendrá mucha importancia, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?—preguntó John todavía aturdido por su revelación.

—Para nosotros...—explicó Jenny.

John intentó sonreír y mostrar jovialidad.

—No tendrá ninguna importancia, Jenny querida. Hay muchas cosas por las que un marido y su mujer puedan seguir queriéndose.

—Eres muy amable—dijo Jenny un tanto dolida—, pero no sé lo que pensarás dentro de algunos años.

—Pensaré: «Eres más bella que nunca... y te quiero muchísimos».

Y sellaron con un beso la promesa.

Un ruido de carruajes les interrumpió. Instintivamente miraron a la carretera cercana y vieron pasar un extraño cortejo. Varias cabalgaduras montadas por cuáqueros escoltaban a un coche tirado por un brioso tronco: Parecía y era en efecto una caravana de evangelizadores.

Durante el siglo XIX, hombres competentes llenos de tesón y valentía se lanzaron a moralizar el Oeste. En caravanas más o menos grandes iban por los poblados y cotos mineros, escenarios del vicio y la depravación, llevando la palabra divina por todas aquellas regiones más o menos civilizadas. El extraño cortejo que contemplaban Jenny y John era uno de que entre ellos se había hecho famoso por los éxitos que había alcanzado. El predicador que lo mandaba, en una ruta ribereña que había elegido, encontraba a Bangor en su camino. Centenares de conversiones y hasta milagros se atribulan a aquel gran hombre, jefe de aquella expedición espiritual que era Simón Pitrige y que era conocido en todos los distritos forestales, mineros y ganaderos de aquella Norteamérica naciente. Su palabra, a la que no contenía

nada ni nadie, hacía temblar al pecador y arrepentirse de sus inmorales. Ahora se dirigía a Bartgor en una cruzada espiritual de la que Jenny guardaría un recuerdo imborrable...

Evered reconocía al cuáquero cuyo nombre era conocido en todo el Oeste, y dijo a Jenny con sumo respeto:

—Mira, ahí va Simón Pitrige. Es un gran hombre...

EL PREDICADOR

La iglesia estaba concurridísima. La fama de extraordinario predicador que precedía a Lincoln Pitrige le había preparado un público propicio. El sermón de aquella tarde había de tratar, al parecer, de un tema muy sugestivo; la extraña mujer.

Se trataba de un orador vehemente, de elocuencia punzante y arrebatadora. Su impresionante voz llenaba el templo. Sus ojos parecían penetrar hasta lo profundo de las conciencias.

—¿Dónde era tan grande la oscuridad que creías que tu pecado estaba escondido? Hay ojos que descubren todos los pecados.

Jenny sufrió una sacudida tremenda, se vió aseetada por la mirada inflexible de unos ojos a los que nada se ocultaba.

—¡Hay una lengua que te acusará en el día del juicio! ¡Hay una mano terrible en su fuerza!

Jenny sintió encogerse el corazón dentro de su pecho.

—¿Qué más vil que una mujer mala? ¡Las buenas mujeres de Bangor!... Tantos amenes a viva voz e inclinaciones de cabeza. ¡Qué piadosas sois!... ¡Qué buenas con la vista mirando hacia lo alto!...

Ante la mente de Jenny apareció la hilera de recuerdos de toda su vida de piedad fingida. Sus visitas al templo... Sus obras de caridad... Vanidad de vanidades.

—¿Puede alguna de vosotras avanzar y decir: «¡Esta es mi alma; mirad cómo brilla!»? ¿Puede alguna de vosotras esperar librarse del terro? ¡Qué encantadoras son las mujeres de Sodoma y Gomorra!... ¡Qué encantadoras entre sedas y satenes, encajes y volantes... aquí, en la casa de Dios! ¡Qué costoso debe ser el perfume que no os dejará oler el azufre!...

Pasaba con gran facilidad de unos tonos a otros, de la ira, a la imprecación, de la acusación al ruego. Las mujeres sentíanse sobrecogidas: Jenny, angustiada, hacía esfuerzos inauditos por mantener la serenidad. Los colores tan vivos con que el predicador retrataba su propia imagen hacían revivir en ella toda su vida de mentira y maldad.

—¿Qué grandes secretos viven en vosotras? ¿Cuál se llama vanidad y cuál lujuria? ¿Qué mujer ha apartado un marido? ¿Cuál de vosotras ha quitado un hombre a su hermana?

Isaías... Efraim... Meg... Todos estos nombres martilleaban las sienas de Jenny.

—¡Esta es tu hermana! Adelántate y siéntate con ella y cuéntate entre ellas. No puedes esconderte tras de tu belleza. Tu belleza te ha hecho perversa. Y la perversidad se destruye a sí misma. ¡Tu alma está al descubierto!...

Jenny miró a todos los lados. Parecía que todas las miradas convergían en ella con un solo gesto de acusación.

—Confíesate ahora, cuando todavía te queda tiempo. No puedes escapar. ¡Nunca podrás escapar! No habrá hijos que lleven luto por ti... Ni hijas que floren por ti... La perversidad no se propaga; se destruye en su propio fuego, y en él se consume.

Jenny recordó su esterilidad. En verdad se consumía. Sin embargo, tuvo la suficiente sangre fría para afectar serenidad. Su semblante no la traicionaba.

—Los labios de una mujer extraña vierten miel y su boca es más melosa que el aceite; pero su final es más amargo que la hiel... ¡Dañoso y cortante como una espada de dos filos!

• • •

Cuando llegaron a casa, Jenny se hallaba en un estado de sobreexcitación nerviosa. Sentía la necesidad de confesarse, de librarse de aquel peso que le oprimía el pecho.

Entraron en el vestíbulo. Jenny andaba inquieta de un lado para otro. John advirtió en seguida el estado en que se encontraba y preguntó:

—¿Qué te pasa, Jenny?

—¡Quiero luz!... —respondió Jenny incoherente—. ¡Está todo tan oscuro!

—El misionero estuvo admirable —comentó John por decir algo—. Te encuentro muy excitada y nerviosa, Jenny. ¿Te ocurre algo?

—Estuvo hablando conmigo. ¡Directamente a mí!

—¡Por Dios, Jenny! Él se refería a esas mujeres malas que tanto abundan en el pueblo—repuso John tratando de calmarla.

—Pero sus palabras resuenan en mis oídos de un modo atrozador. Siento escalofríos. ¡Es terrible! Ha descubierto mi alma. Me siento avergonzada. ¡Oh, Evered! ¡Esto es horrible!

—Cálmate, Jenny. Lo ha dicho contra el ambiente corrompido de la ciudad.

El semblante de Jenny tenía una expresión patética.

—¡Soy la peor de todas las mujeres de esta ciudad!—exclamó Jenny con amargura.

—No puedo comprender—dijo John desconcertado ante

aquella súbita confesión— ¿Por qué dices que se dirigió a tí? Tú eres buena, Jenny. Lo que te sucede es que estás ahora muy nerviosa.

—No—negó Jenny delirante.

—Necesitas descansar. Dejemos ahora de discutir estas cosas, Jenny. Quiero que te acuestes en seguida.

—No podría conciliar el sueño. Es necesario que tú lo sepas todo, todo...—dijo Jenny deteniéndose con un ademán a John, que iniciaba la retirada.

John quiso echarlo a broma.

—¿Y cuáles son las cosas horribles que tan urgentemente necesitas contarme?—preguntó irónico.

—Necesitas saber que soy una hipócrita, una malvada—en sus palabras habla una especie de delirio morboso—. ¡Eso es lo que soy! Mi alma es la peor de todas las de Bangor. ¡Tú creías que era buena, todos los creían! Ya es hora de que sepáis quién soy yo.

—¡Jenny!—cortó John abrumado.

Jenny prosiguió sin darse cuenta, al parecer, de la interrupción de John:

—¿Recuerdas las cosas que Effraim dijo de mí? Tú dijiste que estaba asustado, borracho. Fui yo quien le lancé a ese estado... ¡El me quería con toda su alma!

Ante aquella sorprendente revelación, John se quedó estupefacto. Aquello era inaudito.

—¡Jenny!—exclamó.

Pero Jenny tenía que terminar su confesión. No podía ocultar nada. Continuó:

—Sí, me quiso más que tú... y yo le calumnié, le taché de cobarde y le hice culpable de la muerte de su padre. ¡Una infamia horrible! He cometido con él el más horrendo de los asesinatos. ¡Oh, Effraim! Estoy condenada... mi alma no tiene salvación y se hundirá en lo más profundo de los infiernos...

Sus últimas palabras fueron envueltas en sollozos: Escondió

la cara entre las manos y su cuerpo todo se agitó con las convulsiones del llanto.

John estaba petrificado. De la sinceridad de Jenny en aquellos instantes no se podía dudar. Sin embargo... Todo aquello le daba la impresión de una horrible pesadilla. Las palabras de Jenny le volvieron a la realidad:

—¡Lo siento, John, lo siento de veras! Me siento desfallecer.

Le invadió una tristeza infinita. Sintió la necesidad de quedarse solo para meditar y poner en orden el maremágnum de impresiones contradictorias que bullían en su cerebro. Con piadosa cortesía se dirigió a Jenny:

—Vete a la cama, Jenny. Por favor, vete a la cama.

Jenny se marchó con paso incierto y cansado.

John se sentó atribulado. Se le había caído la venda de los ojos; ahora veía claro; pero ¡qué espantosa visión! Fue recordando todos los hechos a los que antaño no diera importancia y que ahora cobraban un relieve inusitado. La mirada insistente y curiosa de Jenny cuando se conocieron... El convite... Las confidencias de Effraim... La noche de tormenta en la cabaña de Effraim y las palabras de Jenny: «Yo lo hice, yo le impulse...; si hubiese dicho una palabra para defenderle a él, otros hubiesen escuchado. Yo le maté...»

Indudablemente, había algo contradictorio en la conducta de Jenny. John se resistía a creer que su bondad, su generosidad, todas sus maravillosas cualidades fueran fingidas. Sin embargo, los hechos, con su incontrastable lógica, ponían en evidencia la perversidad de Jenny.

John mantuvo una lucha titánica consigo mismo. No podía por menos que reconocer a Jenny culpable. Pero había algo, que al principio no pudo definir, que después se resistió a reconocer y que por fin se apoderó de su espíritu: la amaba; la amaba a pesar o quizá, por todo lo ocurrido, ahora más que nunca.

Sintió un deseo inusitado de evadirse de todo aquello, de huir de aquel ambiente, de refugiarse en sus patrias montañas, de re-

unirse con sus viejos amigos los pinos y los abetos y los chopos...

Se oyó la voz de Jenny que desde el dormitorio llamaba:

—¡John, John! ¿Ha venido ya la señora Moïtis de la iglesia?
Es hora de acostarte.

Permaneció aún un rato sentado, dando vueltas a su cerebro. Al levantarse, su semblante reflejaba decisión. Se dirigió a la escalera y subió reposadamente los escalones.

Dudó un instante antes de entrar en la alcoba. Por fin abrió la puerta. Jenny estaba esperándolo. Se dirigió a él implorante:

—John, por favor, olvida lo que te he dicho. Tú sabes que yo no podía hacer eso.

John se quedó un momento pensativo. Advertía la buena intención de Jenny al mentirle de aquella manera. Después repuso a su vez:

—Nunca lo creí. Traté de no creerlo.

—Porque me amabas —dijo Jenny— Y me quieres aún —añadió convencida.

Jenny se esforzaba inútilmente en remediar lo irremediable.

—Querido —dijo apasionadamente—, no te sientas desdichado. Ahora nos conocemos el uno al otro. No habrá más faltas de comprensión ni más discusiones. ¡Oh, querido, nada podrá existir entre nosotros dos!

—¡No, no será así! —exclamó John con amargura—. Habrá tres. Siempre se interpondrá Effraim.

Dió media vuelta y salió.

Jenny se quedó helada ante aquella respuesta. Cuando se recuperó de la impresión sufrida, salió tras de John. Estaba ya al pie de la escalera.

—¡John, John! —llamó desesperada.

Todo inútil. John había cogido su sombrero y su abrigo y se había marchado.

Jenny volvió trémula a su cuarto. Se dejó caer sobre la cama y rompió a llorar desconsoladamente.

Empezaba su expiación. El hombre a quien había amado sin-

ceramente se había sobresaltado al ver que había cobijado un reptil así en su pecho. Las delicias de la maternidad, tantas veces suspiradas y que hubieran sido para ella un objeto de alegría y consuelo, haciéndole olvidar e iniciar una nueva y recta vida, le habían sido negadas. Y si perdiera a John, ¡oh, Dios! La hora de la justicia llegaba y ya se oían sus fatales pasos que hacían encogerse más y más a Jenny.

EXPIACION

Aquella noche, como Jenny temía, no pudo conciliar el sueño. Fué un continuo sollozo. No era sólo el pasado lo que le atormentaba; el futuro se presentaba igualmente sombrío y tenebroso.

El temor de perder definitivamente a John la hacía sufrir lo indecible. Pero todo ello aparecía ante la mente de Jenny como una cadena cuyos eslabones estaban indisolublemente trabados. El predicador tenía razón; la perversidad no se propaga, se consume en su propio fuego. El pecado mismo había de ser su peor castigo. Aquella noche, triste y amarga como ninguna, fué una expiación para Jenny. Con ella purgó muchas de sus faltas.

En vano esperó la vuelta de John.

Cuando ya avanzada la mañana se levantó del lecho, su semblante estaba ajado; su juventud, marchita. Pero había recobrado gran parte de su serenidad.

Se vistió rápidamente y salió a la calle. Dirigió sus pasos hacia el domicilio del Pastor Tachter. A su llamada salió su hija Mary.

—¡Oh, adelante!—dijo, alejándose de la presencia de Jenny.

—Mary — respondió Jenny sin pasar—, estoy buscando al señor Evered, mi marido. Pensó que podía estar aquí con el Reverendo.

—No están ninguno de los dos, lo siento; pero si usted desea esperar...

—¡Oh!, no, gracias. No tengo tiempo.
Se marchó desilusionada.

—Buenos días. ¿está la señora?—preguntó minutos después en casa del difunto juez Saldine.

—No, señora Evered. Ha salido—respondió la doncella.

—¿Ha estado por aquí el señor Evered?

—No. No le he visto.

—Gracias—dijo, alejándose.

Recorrió dos o tres casas más de las que solían frecuentar, siempre la misma respuesta:

—Lo siento; no lo hemos visto.

Por fin, triste y desencantada, se dirigió a casa de Duncan, el encargado.

Al entrar, Duncan la saludó:

—¿Cómo está, señora Evered? Creí que era el señor Evered.

—Bien. ¿Sabe usted dónde está?

—No ha venido por aquí —aseguró Duncan—. Dormí aquí ayer noche—añadió, señalando una «chaise longue» con indudables huellas de haber sido recientemente usada—, a causa de la lluvia, y usted es la primera que ha venido...

Jenny paseó su mirada de hastío por la habitación. Duncan no cesaba de hablar: era un charlatán.

—El señor Evered me ha dicho que usted enviará una maestra a cada campamento con más de dos familias. Esto es magnífico, señora Evered. Me parece que a usted le gustan mucho los niños, ¿no es así?

En aquel momento Jenny recobró la esperanza a la vista de un objeto harto común: un sombrero; el sombrero de su marido, sin duda.

—Duncan, ¿quién durmió aquí anoche? ¿Fue usted o el se-

por Evered?—preguntó Jenny, señalando el sombrero revelador. Duncan se quedó cortado sin saber qué decir y qué hacer.

—Señora, ya le dije... Ese es otro que el tiene—dijo incoherente, refiriéndose a la prenda de John— A veces...

—Llevaba puesto ese sombrero, cuando me acompañó ayer noche al regresar de la iglesia—dijo Jenny, hablando consigo misma— Y lo llevaba de nuevo cuando salió a dar un paseo. ¿Por qué trata usted de no decir nada de dónde está él?

—Me está poniendo en un aprieto, señora. Le prometí a él...

—Duncan, escúcheme: No se encuentra bien. ¿No se dió usted cuenta? ¿Qué valor tiene la promesa a un hombre enfermo cuando con ella le priva su esposa de prestarle ayuda?

—¿Es eso lo que le ocurre?—preguntó Duncan de haber hallado una excusa para acallar sus escrúpulos—. ¡Ya me pareció observarle algo curioso en los ojos!

—¿Dónde está?—interrogó Jenny, cortando sus divagaciones.

—Bueno, yo no se le digo—respondió sonriendo Duncan—; pero esto no sería un sombrero adecuado para llevarlo en el distrito de los pinos.

—¿Qué sitio del distrito de los pinos?

—La choza del vigilante de incendios. Colina India—respondió Duncan un poco avergonzado de su debilidad.

—¿Cuándo estará de vuelta?—interrogó Jenny, llena de ansiedad.

—No lo sé, señora. Dos o tres días, creo. Dijo que quería ir allá y meditar un poco. ¡Oh!, tengo la lengua suelta, éste es mi defecto. Son dos ya las personas a quienes he dicho donde está. Jenny se sorprendió.

—¿Quién es la otra?

—La señorita Saldine—respondió Duncan.

—¿Meg Saldine?

—Vino aquí hace cosa de una hora—asintió el empleado—, y me hizo hablar lo mismo que usted. Dijo que le vió ayer noche, iba solo. Obraba como si le ocurriera algo malo. La próxima vez que él me confie algo...

Jenny le dejó con la palabra en la boca. Le faltó tiempo para

llegar a su casa y enganchar los más briosos caballos a su pequeño landó.

Su corazón temblaba de amor y de celos, de angustia y temor cuando tomó en sus manos las riendas del tronco. No sabía qué había de decir ni hacer cuando llegara, pero sentía la necesidad imperiosa de llegar y llegar pronto.

Fustigó a los caballos sin piedad. Emprendieron una carrera loca. Era insensible a las molestias y a los continuos sobresaltos que el landó le proporcionaba. Más de dos veces estuvo a punto de ser arrojada a la cuneta. Corrían a velocidad de vértigo. Cuando divisó la pequeña caseta de incendios medio oculta entre los árboles de un recodo, su corazón latió con violencia. Volvería a ver a su amado John. Si era necesario hasta se arrastraría ante él. ¡Todo por no perder su amor!

De pronto, al echar una nueva mirada a la caseta, toda su alegría y amor se trocó en furia y desesperación. Junto a John acababa de aparecer la blanca silueta de Meg. Los dos juntos... Otra vez. ¿Dónde si no, había ido a buscar consuelo John sino junto al lado de su antigua novia? Pero ya verían ellos... Y con una horrible imprecación fustigó rabiosamente a los caballos nuevamente. Estos, nobles brutos, ante aquel trato que venían sufriendo hacía un largo rato, no pudieron más y se desbocaron al fin, rebelándose antes que soportar tanta violencia.

El landó lanzóse con horrible estrepito hacia la cabaña. John, ante aquel torbellino de furia que se les venía encima, dando un salto increíble y agarrando fuertemente a Meg, logró esquivar la furiosa acometida. El carruaje pasó raudo como un proyectil para ir a tropezar ante una prominencia rocosa del camino que le hizo rodar por el empinado terraplén.

Uno de los caballos se rompió el cuello y el otro empezó a relinchar loco de terror mientras rodaba envuelto en una nube de piedras y ramas desgajadas. Jenny, envuelta en una nube de polvo, casi aplastada por los flejes del landó, inició su despedida mortal. Sin embargo, medio destrozada y moribunda, al ver que se acercaba corriendo John, procuró animarse y contenerse, haciendo por calmar sus atroces sufrimientos...



Cuando Meg Saldine llegó a la caseta de incendios, encontró a John Evered sumido en honda meditación. De su rostro había desaparecido aquella jovialidad que le conquistó un año antes.

Intuyendo la desgracia, Meg había acudido, no para aprovecharse de la situación, pues era demasiado noble para concebir tal cosa, sino para prestar, como otras veces su desinteresada ayuda.

Cuando por confesión de Evered se enteró de lo ocurrido, sintió una gran piedad e intentó consolarle.

—Has sido muy buena viniendo aquí... Meg—dijo John, agradecido—; pero, realmente, no puedes hacer nada para ayudarme. Nadie puede ayudarme, más que yo mismo. Mi vida entera con Jenny ha sido una escapatoria. Huí de los bosques a los que pertenezco... Creo que hui de la verdad cuando Effraim trató de explíamela... Yo me esforcé en no creerle.

—Comprendo!—asintió Meg—. Si le hubieses creído, no te hubieses casado nunca con Jenny.

—No. Esta vez no voy a huir—repuso John, decidido—. Bien o mal, mi lugar está junto a Jenny. La quiero, y a pesar de todo, volveré a su lado.

—¡John, cuánto me alegró! — exclamó Meg, sinceramente emocionada—. Porque creo que el afecto de ella hacia ti la ha hecho arrepentirse, y tan buena como todos la creyeron siempre. ¿Nos marchamos ahora? Jenny te aguardará con ansia.

Saltieron. Apenas habían traspuesto el umbral de la puerta vieron venir el landó de Jenny. La alegría de John no tuvo límites.

—Es Jenny—exclamó, lleno de júbilo.

Meg corrió a su lado. Ya iba a lanzarse Evered al encuentro de su mujer, cuando al ver las intenciones de ésta y su rostro extrañamente descompuesto quedó petrificado. No tuvo casi tiempo de apartar a Meg. Luego el coche pasó raudo arrastrado

por su tronco desbocado. Minutos más tarde el coche saltaba destecho por el choque y el cuerpo de Jenny era despedido con violencia de su asiento.

No esperó más. Corrió a grandes zancadas hacia el lugar donde el cuerpo de Jenny había caído rodando desde el terraplén a la cuneta, y al llegar, se inclinó jadeante:

—Jenny—exclamó al observar que aun vivía.

—No... No me conmuevas, John...—Su voz era casi imperceptible.

—No hables ahora. ¡Meg...! Corre, llama a un médico al campamento 3 por favor.

Meg se dirigió corriendo a su coche.

—Todo ha terminado—exclamó Jenny con un suspiro.

—Jenny—dijo John, desesperado.

—El misionero tenía razón.

—Jenny—imploró John— deja esa obsesión.

—«La perversidad se destruye en su propio fuego y en él se consume».

—No habies así, Jenny.

—He sido perversa y éste ha sido el final amargo que él me anunciaba: «Danoso y cortante como una espada de dos filos».

—Jenny, te pondrás bien y te curarás. Vendrá un médico, te llevaremos a casa.

John se esforzaba por reanimarla, pero ella parecía abandonar hasta el deseo de vivir.

—¡No, no! Quiero el padre misionero. Lo necesito. Traerlo pronto, quiero hablarlo... «Arrepentirme»...

Su expresión era de un patetismo impresionante: Ansiaba la Paz.

—¡Jenny querida! No te ocurrirá nada. Ni ahora ni nunca, mientras yo esté junto a ti. Y yo estaré siempre a tu lado... Yo nunca huí.

La vida de Jenny se escapaba de entre sus brazos; John lo sabía, y sin embargo...

—¡Dios mío, Dios mío!—musitó Jenny, agonizando. Y ante la expresión de angustia de ella, John exclamó:

—¡Si te quiero más que nunca!

—Sólo deseo el perdón de Dios y el vuestro. ¿John, me querrás siempre?

—¡Oh, Jenny, Jenny!

Pero Jenny había ido a reunirse con la eternidad después de aquellas últimas palabras pidiendo amor y perdón.



Diez años después un matrimonio feliz formado por Meg y John sonreían conmovidos en aquel mismo sitio al ver a su hija Jenny besar una tosca cruz de madera, después de haber depositado en su pie un ramo de flores.

FIN

LA CLASICA NOVELA CINEMATOGRAFICA

(150.000 letras de texto)

BIBLIOTECA CINE NACIONAL 2 ptas.

¡No quiero! ¡No quiero...	José Baviera
Un tiempo ojos de mujer fatal	R. de Serramanat
Éran tus hermanas	Luisita Gargallo
Bohémios	Emilia Altaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
La última falla	Miguel Ligeró
Martingala	Niño Marchena
Éstupido usted	Celia Gómez
Tierra y cielo	Maruchí Fresno
Jal-alá!	Inés del Val
¿Quién me compra un bo?	Martina Tomás
El concito madrileño	P. G. Velázquez
La ruina mora	Pedro Tardá
María de la O	Carmen Amaya
Alas de paz	Lys Valois

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

La arlesiana	Kalmu
Mariusa	Richard Dix
Manchuria	Gloria Swanson
Indicreta	Brigitte Helm
Una de nosotros	Diana Karanno
El collar de la reina	Cemilla Horn
Moral y amor	Cary Grant
Casino del mar	M. Chevalier
El caballero del Folies	E. G. Robinson
Pasaporte a la fama	Carmen Guerrero
Mania Elona (Flor de fuego)	Wynne Gibson
El sobre lacrado	Charles Collins
El bailarín pirata	Astaire - Rogers
Sigamos la flota	Lil Dagover
Mama su casa	Robert Taylor
Melodia Broadway 1938	David Raymond
Apuñeta de amor	Warren William
La suelta de A. Lupin	Gino Cervi
Héctor Fieramosca	Lil Pons
El mundo a sus pies	A. Nazari
Sopulada en vivo	K. Hebborn
Dama del teatro	Zatu Pitts
El detective y su compañera	Jean Fontaine
Señorita en desgracia	Kate de Nagy
Una aventura de la Pam-padeur	Boris Karloff
El poder invisible	Willy Bergel
Malada rosa	Ann Sothern
Cupido sin memoria	Paula Wessely
Marta, honra	Clive Brook
El caso Vare	Jean Fontaine
La quimera de Hollywood	Heinz Rühman
Las tres vagabundas	

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

El rey soldado	Emil Jannings
El malvado Carabul	Antonio Vico
El doctor Arrowsmith	Ronald Colman
El cardenal Richelieu	George Arliss

BIBLIOTECA CINE NACIONAL (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Carmen la de Triana	L. Argentina
Maldita de arrabal	Argentina-Gordel
La Millona	R. de Serramanat
El sobre lacrado	Luisita Gargallo
Suspiros de España	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Rumbo al Calvo	Miguel Ligeró
El octavo mandamiento	Lina Yeager
Melancolía de viento	Pedro Tardá
La alegría de la huerta	Flore Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
El crimen de medianoche	Ramón Pereda
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Misterio en la marisma	Tony D'Alcy
Rosas de otoño	M. F. Ladrón G.
La patria chica	Estrellita Castro
La chica del gato	José Herrán
Un errado de familia	Mercedes Vaciño
La culpa del otro	Luis Paredes
Fin de curso	Luchó Soto
Mi amigo y yo	Luis Paredes
Y tú ¿quién eres?	Ólvido Guzmán
Una mujer en un taxi	Silvia Morgan
Una denuncia en París	F. Béguet
Empezó en boda	Sara Montiel

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Sabú «Tomay de los Elefantes»	Michael Redgrave
Tú cambiarás de vida	Danielle Darrieux
Una chica insuperable	Ann Harding
Mortal suggestion	Dolores del Río
Acusada	Judy Kelly
El misterio de Villa Rosa	Creta Con
Albergo nocturno	Claudia Barchon
Los dos niños de París	Lil Dagover
¿Es mi hijo?	Mickey Rooney
Las vacaciones del juez Harvey	Cary Grant
La última avanzada	G. Gerbe - Taylor
Margarita Gautier	Mickey Rooney
Furja de hombres	
Bajo el manto de la noche	Edmund Lowe
El pequeño lord	F. Bartholomew
El asesino invisible	Walter Abel
Alarma en el expreso	Michael Redgrave
Los dos pilletes	Jacques Tavit
Pygmalión	Leslie Howard

EDICIONES BIBLIOTECA
FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Guidada con la que ha- cas.	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
María Estuardo	K. Hepburn
La profecía millonaria	Gene Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Janet Lynn
El hombre del Níger	Victor Francen
Extravíos en luna de miel	Hugh Sinclair
Pronto dorado	Gable - Colbert
Audrey Harvey, teoría	Mickey Rourke
El secreto del marqués	Armando Falconi
Nome	Ana Nozko
Una hora en blanco	Franchot Tone
La batalla	Charles Boyer
La familia Robinson	F. Bartholomew
El valle del sol	L. Craig, L. Bell, A. Moreno
Quien conquista es la mujer	M. Hopkins
Casando sin caso	Menjou-P. Noeri
La mujer de las dos ca- sas	Creta Corbo
Luna llena	L. MacDonald
La hora radiante	Joan Crawford
El signo de la cruz	Fredrich March
Quando ellos se encuen- tran	Joan Crawford
El rapto de Laura	Joan Fontaine
Una chica se divierte	Joan Arthur
El Club 400	Anna Shirley
Una mujer endiablada	Lupe Vélez
La voz del Reno. Basa- ndo en la novela de Edgar Wallace	
El gran jefe	Victor McLaglen
Quando los hijos se van	Fernando Soler
Otra vez más	Ronald Colman
La hermanita del ma- yordomo	Diana Durbin
juventud ambiciosa	William Holden
El sospechoso	Ch. Loughton
Matrimonio de inconve- nancia	Diana Barrymore
Una chica afortunada	Joan Arthur
La dama del tren	Diana Durbin
Documento Z. 3	Isa Miranda
Zaná	C. Culbert

«Nueva serie» 3 ptas.

GGiva	K. Hepburn
El ataque de West Point	Joan Fontaine
El nuevo Zorro	John Carroll
Kufas infernales	John Wayne
Hombres Intrepidos	John Wayne
Kit Carson	John Hail
La ruta del Este	John Ay
¿Crimen o suicidio?	Paul Kelly
¿Qué lindo es Michou- cán!	Tito Guizar

«Serie especial» 3'50 ptas.

Quando quiere un mexi- cano	Jorge Negrete
Azi se quiere en Jalisco	Jorge Negrete
Diego Banderos	Jorge Negrete
Perjura	Jorge Negrete
Jorge Negrete (Biogra- fia)	
La cámara diabólica (1. ^a parte)	Flash Gordon
El rayo de la muerte (2. ^a parte)	Flash Gordon
La Dolorosa	Arturo Cobby
Tarzan de las fieras	Buster Crabbe
La madrina del diablo	Jorge Negrete
Sargento York	Gary Cooper
Seda, sangre y sol	Jorge Negrete
Una carta de amor	Jorge Negrete
Una mujer internacional	George Brent
Mi navío está loco	Dennis O'Keefe
¡Ay Jalisco, no te caíes!	Jorge Negrete
También somos seres humanos	Burgosa Meredith
La venganza de Lagar- dera	Jorge Negrete
Caminos de sacramento	Jorge Negrete
Destino	Ingrid Bergman
Extraña mujer	Hedy Lamarr
La dama de la frontera	Yvonne de Carlo

SELECCION BIBLIOTECA FILMS
1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Parrala	Maruja Tomás
Verbena	Maruja Tomás
Ruta de Africa	Tomás - Medina
Noche de ensayo	A. Nazzari
Cautivo del desierto	Leslie Howard
Flor de nino y prego- nes de Albalcin	Gracia de Triana
Tú Becarás	Roberto Roy
Buenas noches	María L. Carana
Otoño	Roberto Rey

BIOGRAFIAS DEL CINEMA
1'25 ptas.

Império Argentina	Miguel Ligero
Estrellita Castro	Alfredo Mayo
Melvyn Douglas	Manuel Luna
Manuel Luna	Antonio Vico
James Stewart	Charles Boyer (Su vida, triumfos y anécdotas)

CELEBRIDADES DEL CINEMA
75 cts.

Charles Boyer (Colec- ción de 3 postales)	
--	--

COLECCION ALAS

75 céntimos

LO QUE DESAGRADA EN LA MUJER
LO QUE DESAGRADA EN EL HOMBRE
EL SECRETARIO AMOROSO
LENGUAJE DE LAS FLORES
CUENTOS GITANOS Y VOCABULARIO CALÉ

1 peseta

CARTAS Y DECLARACIONES DE AMOR
NUEVAS CARTAS AMOROSAS
MANOJO DE CHISTES
PARA HACERSE AMAR
MANOJO DE PIROPOS
PENSAMIENTOS SOBRE LA MUJER Y EL AMOR
DECLARACIONES DE AMOR EN VERSO
EL ARTE DE CONSERVAR LA LINEA
CANTINFLERIAS (Chistes de «Cantinflas»)
ARTE DE COMER BIEN Y BARATO
PIROPOS ESTUDIANTILES
EL ARTE DE ENCONTRAR NOVIA
EL ARTE DE ENCONTRAR NOVIA
COMO ALTERNAR EN SOCIEDAD
CONSEJOS A LOS ENAMORADOS
FELICITACIONES EN PROSA Y VERSO
LLOVIA DE PIROPOS
CHISTES A GRANEL
4 CUENTOS DE AMOR
4 CUENTOS DE HUMOR
150 NUEVOS PIROPOS
JUEGOS DE MANOS
PRESTIDIGITACION
ADIVINACION DEL PENSAMIENTO
ILUSIONISMO
MAGIA
CHISTES BATURROS
ALECRIA DEL HOGAR
CUENTOS BATURROS
CHISTES ATOMICOS
CONOCIMIENTOS PARA LA MUJER Y EL HOGAR
ARTE DE ESCRIBIR BIEN
BATURRADAS

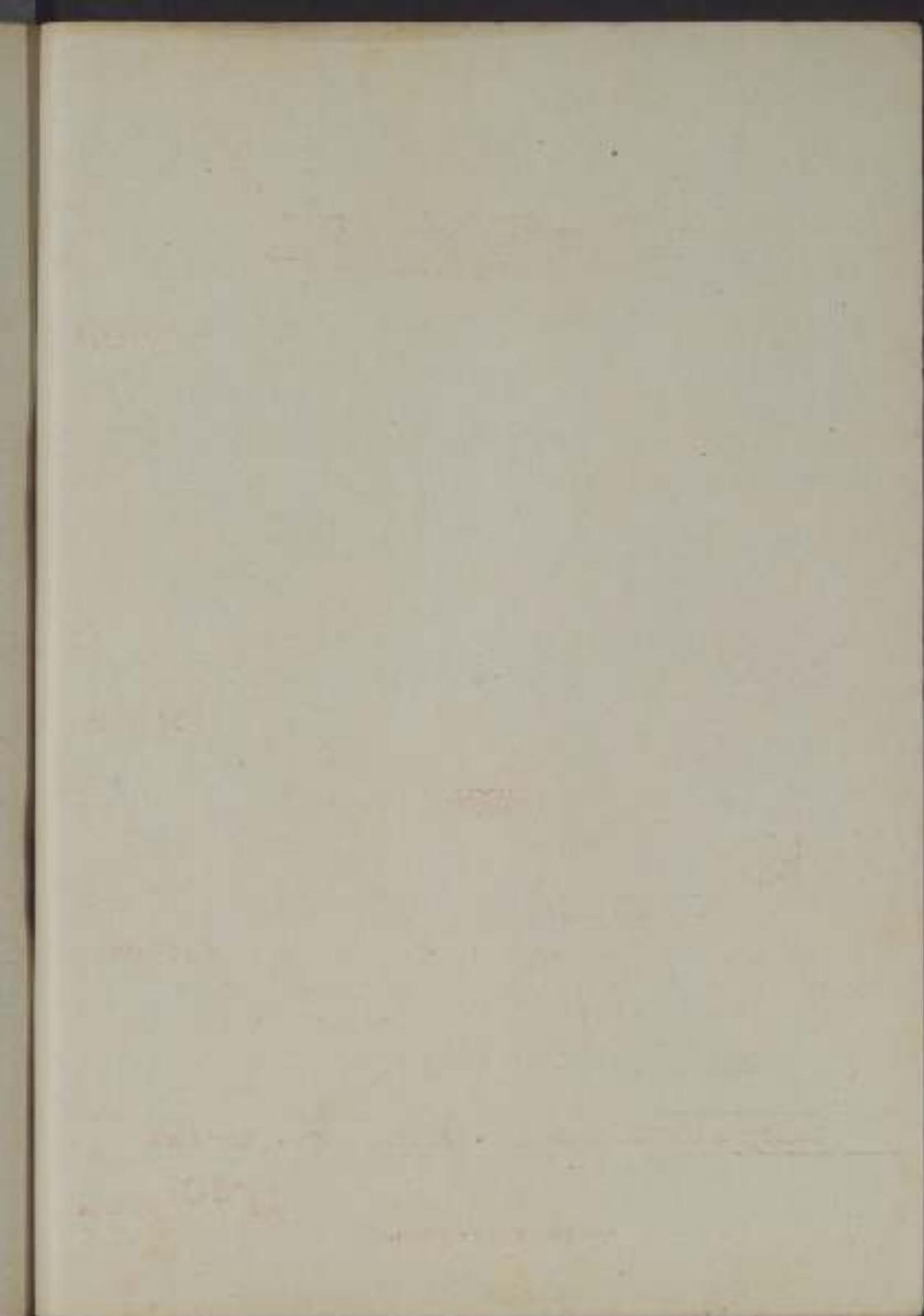
AMORES ETERNOS

1 peseta

LOS AMANTES DE TERUEL
ROMEO Y JULIETA
MANON LESCAUT
LA DAMA DE LAS CAMELIAS
PABLO Y VIRGINIA
OTELLO Y DESDEMONA
HAMLET Y OFELIA

Editorial Alas - Apartado 707 - Barcelona

A. G. Estilo - Valencia, 334



CANCIONERO

de  Editorial **ALAS**

1' - peseta

PEPE BLANCO
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
JUANITO VALDERRAMA
LOS MEJORES CANTARES
BONET DE SAN PEDRO
NIÑA DE LA FUEBLA
HERMANOS VIANOR
CONCHITA FIGUER
RAQUEL RODRIGO
GLORIA ROMERO
PEPITA LLACER



IRMA VILA
NEGRETE
JUANITA REINA
NIÑO ALMADEN
MANOLO SEVILLA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
PEPE MARCHENA
EL GRAN KI-KI
LOLA FLORES
JOSE MARIA

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

TOMAS RIOS
ANTONIO MACHIN
BONET DE SAN PEDRO
MARIA DEL VALLE
LOS CLIPPER'S



RAUL ABRIL
CANCIONERO ESTELAR
CINCO ESTRELLAS DEL HOT
TRIO CALAVERAS
PEPE DENIS

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

3'50 ptas.